

La Esfera

Año VI • Núm. 275

Precio: 60 cénts.



DE
VICIA
DRI

BIBLIOTECA
MADRID



TODA MUJER REFINADA

apreciará las propiedades
hermoseadoras
y refrescantes de
"Nieve 'Hazeline.'"
Blanquea y refina el
cutis.

En todas las
Farmacias y
Droguerías

Burroughs
Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta. Aquellas personas
cuyo cutis requiera una preparación grasienta deberían
obtener la Crema 'Hazeline.'

Sp.P. 1567

All Rights Reserved

Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN



FOSFATINA FALIÈRES

Es el alimento más recomendado para los niños
y para las personas de estómago delicado, como los
convalecientes, ancianos, etc.

Exijase la marca **Phosphatine Falières** y
desconfíese de las imitaciones. Preparado este
alimento en una fábrica modelo y conforme á proce-
dimientos científicos, es **inimitable**.

DE VENTA EN TODAS PARTES.

Lea usted los viernes
NUEVO MUNDO
REVISTA POPULAR ILUSTRADA
Número suelto: 40 cént. en toda España

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van
siempre acreditados en forma que no quede duda de la
legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato
alguno con quienes no tengan autorización reciente,
carnet de identificación de la casa, sellado con el sello
de la misma y firmado por el Administrador Delegado,
ni satisfagan el importe de los recibos que les presen-
ten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, ga-
rantizados sus intereses por nosotros, que no podemos
responder de más gestiones que de las encomendadas
á nuestros representantes debidamente autorizados.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

SE VENDEN
los clichés usados
en esta Revista. Di-
rigirse á la Adminis-
tración, Hermosilla,
núm. 57, Madrid



La salud y las pesetas
dan á la vida ventura,
como al cutis gran belleza
los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color mo-
reno (siete matices), rosa ó blanco, 2,21.—
Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,21,
5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PEDID las lociones y esencias para
el pañuelo, serie "IDEAL", perfumes:
**ADMIRABLE, ROSA DE JERICO, CHIPRE,
GINETA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, RO-
CIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA,
CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUA-
LES** por su finura, intensidad y persistencia.
Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6
pesetas, según frasco.—Ul.imas creaciones de
Cortés Hermanos, BARCELONA.

150.000 pesos oro entrégase á caballero se-
rio que despose señorita 19 años, intelligen-
te é instruida, para evitar escándalo social,
marchando al Extranjero. Escribid: Matrimo-
nial Club of New York, Porto. Contéstanse
todas las cartas, observándose absoluta reser-
va. Franquead carta 25 céntimos; igualmente
respuesta.

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS
Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

Constructor mosaicos hidráulicos y piedra
artificial busca socio capitalista para montar
fábrica. Presenta el mejor muestrario de Es-
paña. Ofertas: Juan Martínez, Abadía, 11
(Barrio Californias).

TAPAS
para la encuadernación de
La Esfera
confeccionadas con gran lujo

PARA EL 1.º Y 2.º TOMO DEL AÑO 1918
A 4 pesetas juego para un semestre

Se venden en la Administración de
Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57,
MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 para franqueo y certificado

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

Caballero



Coñac

HELIOS

LA MODA FEMENINA



Vestido de raso "tête de negre", con adornos bordados en plata y oro



Vestido de paño "beige", con delantal de flecos del mismo tejido

FOTS. HENRI MANUEL

Lea usted **NUEVO MUNDO** DE ESTA SEMANA

Contiene los siguientes trabajos literarios:

Crónica de la semana.
El teatro de la vida, por Andrenio.
Boda del príncipe de Gales, por Antonio G. de Linares.
El origen de la cama, conferencia por Pedro Muñoz Seca.
La humilde tragedia, por Manolita Polo M. Conde.
Preguntas alucinantes, por Emilio Carrère.
Propagandas sanitarias, por Francisco Masip y Dalls.
Los misterios de la guerra, por Francisco Azdevius.
La pesca de la ballena, por Martín Avila.



España futura, por Eugenio Noel.
El sombrero hongo, poesía por Manuel Soriano.
El torero de moda Sánchez Mejías, por Corinto y Oro.
Crónica teatral, por Alejandro Miquis.
¡Adiós á la peseta!, por Luis Bello.
Soñando en América, por F. Cortines y Murube.
Nuestros poetas, poesías de Rómulo Muro y Narciso Díaz de Escovar.
Dibujos de Robledano, Varela de Seijas y Manzanedo.
Interesantísima información de actualidad.
Ocho páginas en bicolor.

PRECIO: 40 CÉNTIMOS

La Esfera

Año VI.—Núm. 275

5 de Abril de 1919

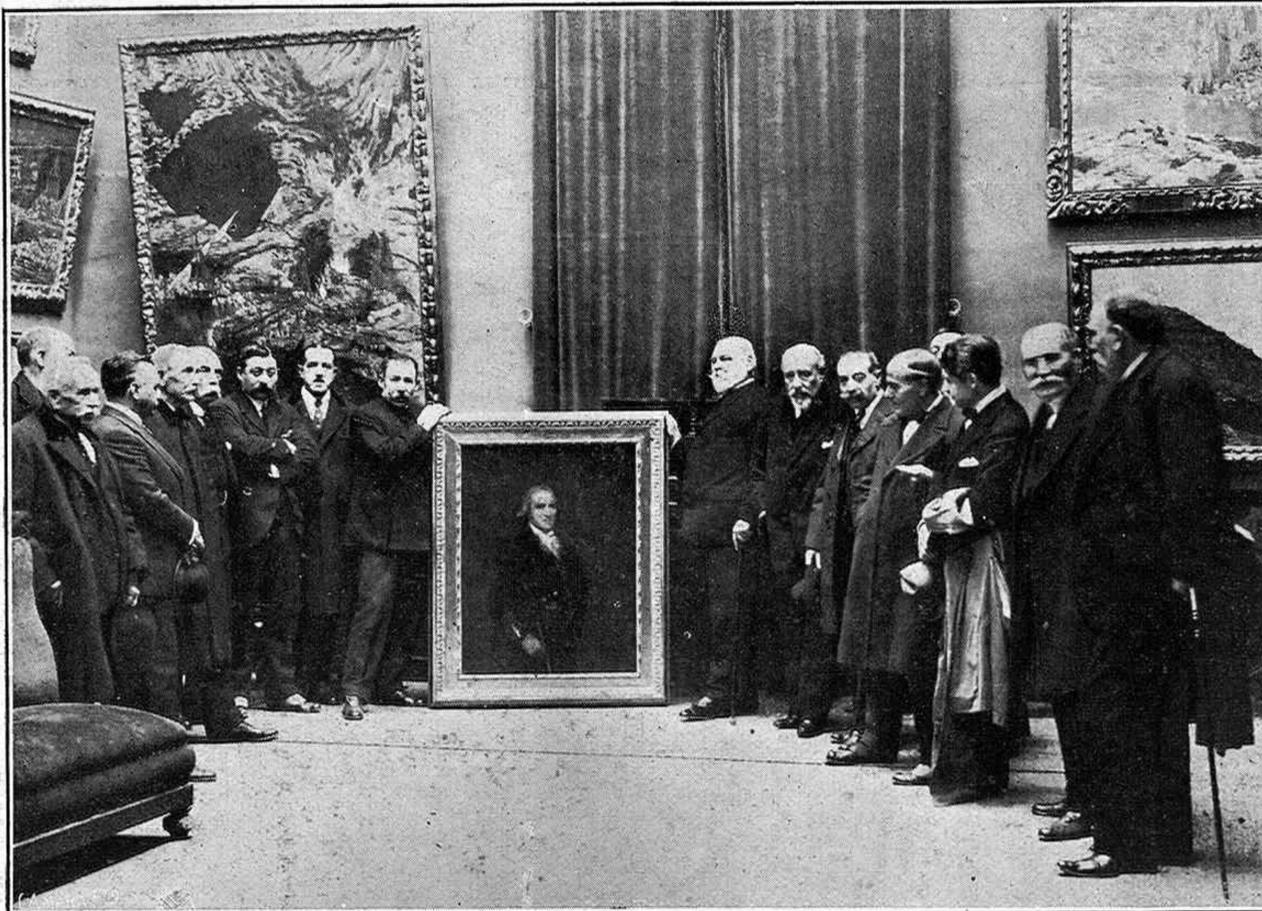
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



MONUMENTOS ITALIANOS
BASÍLICA DE SANTA MARIA MAGGIORE, EN BERGAMO

VENEZIA
BIBLIOTECA
MADRID

DE LA VIDA QUE PASA
LA EXPOSICIÓN ESPAÑOLA EN PARÍS



El director general de Bellas Artes, D. Mariano Benlliure, recibiendo solemnemente, de manos del director del Museo de Valencia, el magnífico retrato de Bayeu, que figurará en la sala especial de Goya de la Exposición de Arte español en París
FOT. SANCHÍS

Cuando este artículo se publique ya se habrá inaugurado, ó estará á punto de inaugurarse, en el Petit Palais de París, la Exposición de Arte español.

Organizada por el Comité de aproximación franco-española, tan deficientemente constituido, desearíamos para esta Embajada nuestra

de la Belleza un fracaso menos rotundo que el fracaso de la Exposición de mala pintura francesa celebrada el año anterior en el Retiro y organizada por los mismos elementos que ahora han urdido la de arte español en París.

Pero estos buenos deseos que, á pesar de su bondad, no se atreven á la quimérica pretensión de aguardar un éxito, siquiera fuese estimable, únicamente se confían en la instalación de Goya y en un reducidísimo grupo de jóvenes maestros. Lo demás de la Exposición es lamentable.

Mucho hemos meditado antes de escribir esta crónica que reflejará exactamente la realidad de los hechos y nuestra profunda amargura. Fui solicitado, con otros ilustres compañeros de crítica, á participar de los trabajos del Comité organizador y á pronunciar, primero en Madrid y luego en París, sendas conferencias referentes á la Exposición. El tema que elegí era el de «La moderna pintura española». Durante unos días imaginamos posible borrar con una Exposición selecta y verdaderamente contemporánea aquel mal recuerdo de la Exposición francesa. Incluso logré que se invitara—tardamente, pero se les invitó—á los jóvenes artistas vascos y catalanes, de los cuales se había prescindido.

¡Pronto se desvanecieron nuestras ilusiones! Los críticos solicitados como elementos activos en el Comité fueron relegados á segundo término. El Comité seguía siendo el mismo coro de mudos, sordos y ciegos manejados por el capricho y las pasiones de D. Gonzalo Bilbao, como en la desdichada Exposición francesa. La crítica sólo vió los cuadros en el Salón de la Sociedad de Amigos del Arte, ya embalados, y se le mostraron listas incompletas.

Por último, hemos conocido el Catálogo completo de la Exposición, y lo hemos recusado en absoluto. La crítica española no puede autorizar, ni con su presencia en París, ni con su silencio en Madrid, la torpeza consciente de ese lamentable conjunto de obras, donde hay tanta cosa vieja y francamente mala.

Bueno será advertir, antes de continuar enumerando los cargos, que tal vez sea el director general de Bellas Artes quien menos culpa tenga en este asunto. Únicamente la blandura de carácter, el natural deseo de conciliarlo todo y de evitar actitudes enérgicas que pusieran en pe-

ligro el propósito noblemente imaginado, se le podrá reprochar. Personalmente, ha ultimado con el Rey todos los detalles referentes á la instalación de los cuadros de Goya y de los magníficos tapices y mobiliario cedidos por el Monarca; personalmente ha ido á Valencia y Zaragoza para traer él mismo los maravillosos retratos de Bayeu y del duque de San Carlos, que representan obras capitales en la prodigiosa serie de cuadros goyescos; ha sostenido verdaderas batallas con los elementos políticos y burocráticos que retardaban y regateaban la concesión del crédito necesario...

Pero mientras él realizaba esta labor, el señor Bilbao realizaba la contraria, con notorio disgusto de Aureliano Beruete y de Miguel Blay, miembros del Comité, que se retiraron justamente molestos desde el primer momento. El señor Bilbao quedó dueño absoluto de la situación. Como en la Exposición de pintura francesa, entre él y el delegado francés, M. Dawant, procurarán que continúe el equivoco anacrónico.

Claro es que ahora en París no se podrá hacer como en una famosa Exposición de Buenos Aires, donde ni siquiera se desclavaron las cajas donde iban los cuadros que no agradaban al representante oficial del Estado; pero si tenemos la seguridad de que los pocos lienzos verdaderamente notables de la actual Exposición irán colgados en los sitios peores. Y en cambio tendrán sendas instalaciones especiales D. Francisco Pradilla y D. Gonzalo Bilbao.

Porque, pretextando lo pequeño del local, se han rechazado obras á muchos artistas; se les ha obligado á algunos á cambiar las remitidas por otras de menores dimensiones. Las primeras figuras—las verdaderas primeras figuras del momento actual—presentan, la que más, siete cuadros; pero el Sr. Pradilla expone diez y seis cuadros, uno de ellos de cuatro metros, y D. Gonzalo Bilbao, organizador, seleccionador é instalador de la Exposición, presenta otros diez y seis, y entre ellos el de *Las cigarreras*, que mide cuatro por tres metros.

De este modo en la Exposición de Arte español, de París, habrá tres grandes figuras: Goya... Pradilla y Bilbao. Los demás pintores estarán en calidad de comparsas.

Ni Pradilla; ni Bilbao pueden representar hoy

un pintor de anteayer y otorgársela á sí mismo un pintor de ayer, es intolerable.

Otro de los errores de la Exposición española es el excesivo número de antiguallas pictóricas que se llevan del Museo de Arte moderno ó de colecciones particulares. ¿Qué necesidad había, por ejemplo, de exponer cuatro cuadros de Marcelino de Unceta, uno de Peyró, cinco de Palmaroli, uno de Navarrete, cuatro de Jiménez, dos de Mérida, uno de Barbudo, uno de Manzano, tres de Casado del Alisal, dos de Araujo y uno de ¡Lucas, hijo!?

En cambio, de Federico de Madrazo solamente se presentan dos retratos; Fortuny figura con *El herrador moro* y con una copia de Van-Dick!; de Bécquer sólo se llevan dos cuadritos pequeños, y de Rosales no se expone *La muerte de Lucrecia*.

Los pintores sevillanos, sobre todo aquellos amigos ó discípulos de Bilbao, figuran, naturalmente, en el Catálogo; pero no encontramos, en cambio, ninguna obra del que tal vez sea el más admirable de los pintores sevillanos actuales: Gustavo Bacarissas.

Gracias á nuestro consejo se invitó á última hora á los pintores vascos y catalanes modernos; pero en la serie de vascos faltan nada menos que Regoyos, Guinea, Guiard, Iturrino, Echevarría y Mogrobojo; y en la serie de catalanes los pintores Joaquín Suñer, Torres García, Galí, Nogués, y los escultores Casanovas, Borrrell Nicolau, Monegal, Gargallo y Hugué.

Tampoco figura ninguna obra escultórica de Julio Antonio, y esto, según parece, no es culpa del Comité, toda vez que la Exposición de París no es de pintura y escultura, sino de pintura, á la cual se llevan algunas pequeñas obras escultóricas para ornato de las salas. Los deudos y amigos de Julio Antonio se obstinaban en exponer el grupo funerario de Lemonnier, cuyas dimensiones excedían á las concedidas á los demás escultores. Lástima es que no se hayan puesto de acuerdo el Comité y los amigos del gran artista, porque esta ausencia aumenta los errores de la Exposición y, en cambio, habría podido figurar, á nuestro juicio, mucho mejor representado el arte de Julio Antonio con tres ó cuatro bustos de *La Raza*, que son tal vez lo mejor de toda su obra.

José FRANCÉS

en día en esa forma apoteósica y en franco tuteo con Goya á la pintura española. La puede representar un Zuloaga, un Anglada, ó los maestros jóvenes que se pretende dejar en segundo término ahora; pero en una Exposición donde figuran casi todos estos maestros jóvenes, otorgar esa primacía á

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Un detalle de la escalera del palacio del marqués de Peñaflores, en Écija

FOT. HIELSCHER

LA PINTURA ALEMANA



LAS EDADES DE LA VIDA HUMANA, tabla de escuela germánica del siglo XVI

REPOSICION
BIBLIOTECA
MADRID

CAMARA-FOTO

FIGURAS DEL SIGLO
DE LOS AUSTRIAS

UN ARBITRISTA

VEIS ese hombre de más que mediana edad, que marcha cabizbajo y corrido, entre la desvergüenza de los muchachos y la rechifla de los grandes, que apenas puede caminar de prisa porque todos son á cerrarle el paso con las burlas? Pues no penséis así, Dios me salve, y dé buena ventura en la otra vida, que es algún pícaro, ni siquiera un pobre desaprensivo que ahoga sus querellas en el traidor caldo de cepas.

Es alguien que puso la mezquindad de su caletre al mejor servicio de la república.

El ha tomado el pulso á la marcha de las cosas; ha meditado luego en la soledad de su aposento, y, á puras meditaciones y consultas de los hombres eminentes, así en la política como en la diplomacia y las letras, ha venido (cual

todo se lo quieren saber ellos, y todo lo pierden por no rebajarse á escuchar la opinión de los hombres serenos.

—¿Pues cómo, señor don Santiago, habría de ganar vuesamerced aquella jornada?—preguntábase, por darle cordelejo, alguno que ya le conocía.

A lo que el hombre, terciándose la capa con la una mano, mientras que extendía la diestra con ademán doctoral y suficiente:

—¡Ah!, señor mío, ese es mi secreto, y si lo dijera, yo sé que habría de asombrar al mundo, y tenerle por tan bueno, que no le mejoraran Jerjes, Epaminondas ni Alejandro, si por dicha tornaran á la vida.

Y, luego de hacerse rogar otro poco, metíase

proyectos, con los cuales podría salvarse España, lograba ocupar la atención de los ministros, quiso hacerles una sátira que les pesara tanto que quedaran corridos, y tomando la pluma y una resma de papel compuso una comedia, en la que, para mejor fustigar los vicios y concupiscencias de los hombres, toda la fábula desarrollábase entre animales, y, para hacerla representar, también había dado con un famoso arbitrio, y era que hablasen en ella loros y cotorras.

Cundió la especie entre la gente, porque la propalaron los cómicos en su mentidero, y hubo para reír un año con la ocurrencia del disparate.

Desde entonces ya no ha tenido el hombre día de sosiego.

Los muchachos la tomaron con él, y donde-



otro D. Alonso Quijano) á sacar los cascos vacíos.

Es, en fin, un arbitrista. Para todo halló remedio, y todo ha tratado de remitirlo, en farragosos memoriales, á la aprobación de los Consejos del reino.

El se ha pasado media vida en las antecámaras, esperando audiencias que nunca conseguía.

El ha sido punto fuerte en las *Losas* de Palacio y en los zaguanes de las Embajadas.

No dejó una sola mañana de asistir á las *Grandas* y pasar de corro en corro, trayendo y llevando noticias de la política interior y exterior.

Hartas veces, cuando en un grupo de desocupados comentábase la desgracia de alguna empresa guerrera en Flandes ó en Italia, dijo, con muy suficiente y serena voz, como pudiera haberlo dicho algún grave prócer embrutecido de tanto dormir en la poltrona del Consejo:

—Esa empresa se perdió por no escucharme, que asaz tengo yo demostrada la manera de ganarla en un protocolo de más de mil folios que le tengo entregado al Conde Duque; sólo que

de lleno en el corro, y, haciendo senado de los que con tan poca caridad le metían los dedos en la boca, decía su arbitrio, que era el más lindo disparate que acertó á cocerse en humana mollera.

El tenía, en fin, soluciones para todos los problemas, y era crítico furibundo de cuantos dictámenes salían del seno de los ministros.

Húbole para el resello de la moneda.

Húbole para sacar más tributo al papel de oficio, y mareó un día y otro día á los graves magistrados, espantándoles el sueño, que no podían dormir sino en las horas de audiencia.

El fué aquel peregrino loco, repúblico y de gobierno, que se hallara Públicos de Segovia viniendo del estudio de Alcalá, con quien se entró en arduas discusiones acerca de la manera como podrían ganarse Argel y Tierra Santa.

El fué, digo, quien tuvo la notable industria de ganar á Ostende, chupando el mar con esponjas, y de mejorar el artificio de Juanelo, subiendo el agua por ensalmo desde el caudaloso Tajo á la ciudad imperial.

Mas viendo que ninguno de sus maravillosos

quiera que le topan rechiflanle más y mejor que si vieran la comedia sobre el tinglado de la farsa.

Los mayores siguen la pesada broma, y en cuanto le ven zahierenle pullas:

—Señor Santiago, ¿qué discurre para traer agua, que no se pierda el año?

—¿Por qué no piensa una industria para quitar el Guadarrama de delante de Madrid en tiempo de invierno y ponerle en el verano, como si fuese monumento de Semana Santa?

Y todo son mofas y burlas, y si de mañana da en una academia de gallofos y verduleras, como es la plaza, hace del recinto una babel, y del suelo una huerta arrasada, pues le tiran tronchos secos y hojas podridas, y hay pícaro que se mete los dedos hasta el mismísimo gazzate y silba con tan cruel saña, que malos años para los vientos de la sierra cuando buscan las vueltas y revueltas de las angostas callejas de la Villa,

¡Dios le asista y le tenga de su mano!

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

NUESTRAS VISITAS

MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEVARA

MARÍA Fernanda!

—Caballero Audaz.

—Hemos sido puntuales.

—En efecto; los dos hemos llegado al centro del paseo á las doce en punto.

—¿Dispone usted de mucho tiempo para que hablemos?

—Regular. A la una y media tengo ensayo.

Hice un gesto de contrariedad. Ella agregó:

—¡Si no tengo tiempo ni de vivir!

—¿Ni de hablar con el novio?

Hizo un delicioso mohín de sorpresa:

—¡Oh!, no.

Y después, sin poner demasiado calor en la negativa, agregó:

—Yo no tengo novio.

—¿De verdad?

—De verdad—aseguró formalmente—. Es más: no lo he tenido nunca.

—No me lo explico.

—Yo sí; porque en mi imaginación no deja ningún espacio sin ocupar el arte—dijo María, con un matiz de ingenua alegría en la voz.

Hubiera deseado ser más expansiva, decir más; pero todavía no habíase establecido corriente de confianza entre nuestros espíritus, y prefirió esperar una nueva pregunta, mientras que acariciaba todo con sus magníficos ojos soñadores.

Es María Fernanda Ladrón de Guevara una chiquilla de portentosa belleza. Alta, armónica, distinguida, piel blanca translúcida de rosa, cabellos oscuros inmensos, ojos dorados, larguísimas pestañas, boca pequeña y encendida y manos marfileñas de santita. Mirándola tan niña, tan ingenua, tan sinceramente candorosa, nadie es capaz de adivinar que ésta sea la artista joven de moda en los escenarios de Madrid. Parece una honesta marquesita que todavía está matriculada en el colegio de «Las damas negras». Su mayor encanto es el candor: un candor celestial que comienza en su mirada, dulce, apacible é interrogadora, y continúa en su voz, musical é infantil—voz de deliciosas tremuleces—. En el curso de la conversación, á cada momento, se siente invadida por una elegante cortedad imperceptible y temblorosa; entonces, encendida, calla, entre nubes de rubor.

Aquella mañana vestía un largo y elegante abrigo con cuello de piel. Después de presentarme á su mamá comenzamos á buscar sitio decorativo para hacer las fotografías.

El Paseo del Prado estaba invadido por un centenar de amas de cría y de soldados. Los chicos jugaban y lloraban. Era un día gris, humoso.

Abandonamos el salón y llegamos hasta el jardín del obelisco del Dos de Mayo.

—Este es un lugar muy á propósito—exclamó María Fernanda con júbilo, y se dispuso á posar sentada en un banco, después de pie; por último mirándose las manos con incitante coquetería. Cuando hubo terminado el fotógrafo comenzamos nuestro diálogo.

—Cuénteme usted cosas, María—la invité yo.

La artista sonrió, haciendo un gesto de impotencia:

—No se me ocurre nada; ya le decía á usted en mi carta que yo era la artista menos entrevistable que había. Mi vida se desliza monótona, con las solas emociones de los estrenos; mi carrera es muy sencilla é igual desde el día que empecé. Mi vida íntima es bien sosa: acompañada siempre de mi madrecita atravieso la calle y la vida para ir de casa al teatro, y del teatro á casa. ¿Qué le puedo yo á usted contar que le interese? Absolutamente nada. Segura estoy de que ya, en este momento, está usted arrepentido de haber tenido conmigo la deferencia de querer llevar mi espíritu á LA ESFERA, ¿no?

Yo protesté sinceramente ante su larga mirada, que intentaba auscultar mi espíritu.

—¡Por Dios, María! Un pobre concepto tiene usted de mis aptitudes periodísticas al suponer que, con una interlocutora como usted, no seré capaz de hacer una interviú interesante.

Rió incrédula. Yo proseguí:

—Lo que le pasa en este momento es que su

espíritu está algo cohibido ante mí: le falta confianza, naturalidad.

—¡Oh!, no. Nada de eso.

—Sí, señorita. Yo también, hablando con usted, experimento una gran timidez.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ante una mujer muy bella siempre se está tímido. Además, usted teme que yo no la trate muy bien.

—¡Eso sí que no! Respecto á ese punto estoy muy tranquila.

—¿Y eso?—inquirí.

—Pseh—labió largamente, mostrando sus dientecitos de alabastro—. ¡Qué sé yo! Mire usted: yo jamás he accedido á celebrar interviús; en América un periodista se disgustó por mi obstinada negativa; y, sin embargo, ahora, por tratarse de usted, he hecho una excepción. Esto le prueba que no experimento la menor inquietud.

—Hace usted bien, porque yo siempre tengo elogios para las damas.

—Entonces confío en su bondad.



LA ESFERA

—¿Qué edad tiene usted, Marujita?
 —Veintidós años.
 —Y de esos bonitos veintidós años, ¿cuál ha sido el día más feliz?
 —¿Qué sé yo? Es posible que todavía lo esté esperando. Días muy dichosos sí los he tenido, pero, ¡el más feliz!... Hay que esperar que yo me encuentre en plena posesión de la vida.
 —¿Tiene usted gran vocación por el arte?
 —Inmensa. En este momento, que toda mi ilusión la tengo puesta en el escenario, no tengo necesidad de ocuparme de nada más; por eso...
 Sonrió tímida.
 —Prosiga usted—la invité.
 —Por eso le dije á usted que no tenía tiempo de enamorarme.
 —¿Es usted coqueta?
 Me miró sorprendida:

estoy allí como en familia. En varias ocasiones me han hecho tentadoras proposiciones para trabajar en otro teatro y, la verdad, no me he decidido. El mismo Vilches quiso contratarme de primera actriz; no acepté; prefiero la Princesa á todo.
 —¿Qué obra interpreta usted más á gusto?
 —La *Inmaculada de los Dolores*. No sé si aquí la pondremos en esta temporada.
 —¿Es usted miedosa en escena?
 —En escena, no; pero, antes de salir á ella, mucho.
 —¿Qué género le gusta más?
 —La alta comedia: el repertorio de Linares Rivas y Benavente.
 —¿Nunca protestó el público estando usted en escena?
 —Jamás. ¡Oh! Y yo creo que, si de mí protestase el público, me caía redonda al suelo.

—Según la luz y la hora del día.
 —¿Qué es lo más bonito que tiene usted?
 Bajó los ojos con fingido rubor:
 —¡Qué sé yo!
 —Si lo sabe usted, María.
 —¿A usted qué le parece?
 —La voz primero; los ojos después, y luego el cabello.
 Entonces ella murmuró con coquetería:
 —Lo que á mí más me gustan son mis manos.
 —A ver.
 Me mostró sus manos, largas y pulidas, con sus uñitas rosadas y brillantes, como pequeños espejitos.
 —Parecen las cabezas de dos serpientes de alabastro—exclamé.
 —Tal vez sean—murmuró ella.
 —¿Cuál es el día más triste que ha tenido usted en su vida?



María Fernanda Ladrón de Guevara, durante un paseo

FOTS. MARTÍNEZ

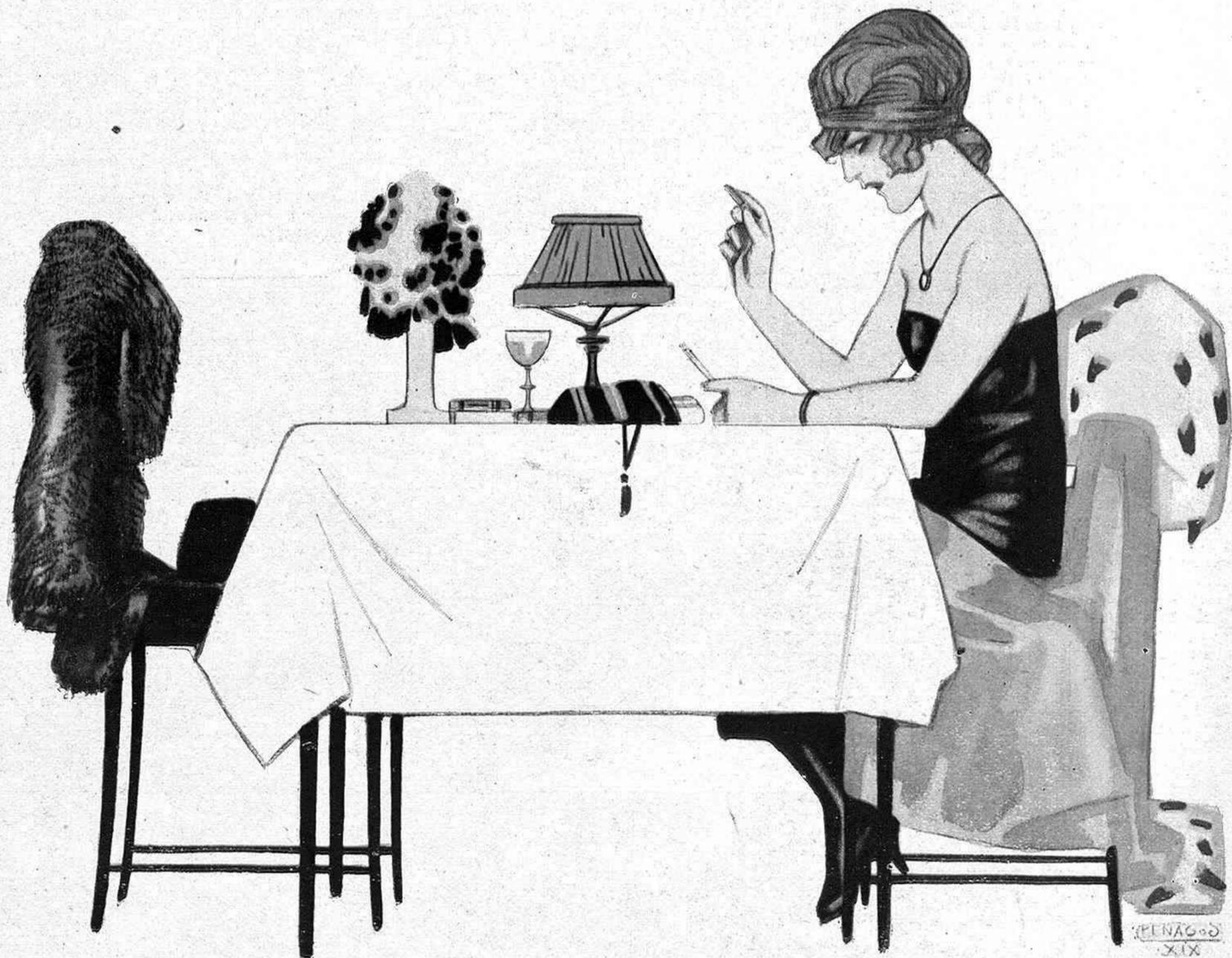
—Sí; elegantemente coqueta. Un poquitín: me gusta alentar algo las ilusiones. Me parece demasiado cruel, y muy poco femenino, desdeñar rotundamente á los admiradores.
 —¿Recibe usted muchas apasionadas cartas de enamorados?
 —Según las obras que interpreto; esto demuestra que ustedes, los hombres, no responden más que á la impresión del momento.
 —¿Con qué obra recibía usted más cartas?
 —Con *Veletas*. Era una cosa enorme. Hacía un papel muy gracioso, y llovían los enamorados circunstanciales.
 —¿En qué obra obtuvo usted mayor éxito?
 —En *Mamá* gusté muchísimo, y ya empezaron á confiarme papelititos.
 —¿No ha trabajado...
 Sin dejarme terminar repuso:
 —Solamente con doña María y don Fernando.
 —¿Para su gusto, serán los mejores artistas?
 —Figúrese usted. Los quiero mucho, y ya

—¿Qué aspiración suprema tiene usted para el porvenir?
 —Sin gran impaciencia, acaricio la idea de formar un hogar.
 —¿Pero sin novio?
 —¡Ya lo tendré!
 —Entonces, ¿usted jamás piensa hacer ninguna locura?
 —¿Cómo una locura?
 —Una locura propia de una artista: enamorarse, escaparse con el novio y casarse después.
 —¡No, no! ¡Qué horror!
 —¿Usted se cree bonita ó fea?
 —Sería tonto que le dijera á usted que me considero fea. No; yo sé muy bien que, si fuera fea, no podría ser la dama joven de la Princesa. Soy una chica regular. Podía ser más fea y más bonita, ¿verdad?
 —¡Qué sé yo!—dudó sinceramente—. Sería difícil mejorar sus ojos. A propósito, ¿de qué color son sus ojos?

El rostro niño de la bella artista se sumergió en una profunda tristeza. Y evocó el instante más amargo de su vida, con los ojos brillantes, esmaltados por las aguas del llanto:
 —El día en que murió mi hermano. Ya era un hombre; nos queríamos entrañablemente; toda la vida juntos.
 —¿De qué murió?
 —Del pecho. Y aquí tenemos ya la crueldad de nuestra profesión. Tuve que dejarlo de cuerpo presente y acudir á mi teatro á entretener al público como si tal cosa. ¡Y con el espíritu transido de dolor tenía que reír y tenía que hablar! ¡Es horrible!
 Y cerró los ojos con terror.
 Y la apenada artista hizo un silencio para recoger disimuladamente, en el perfumado pañuelo de encajes, el agua de sus apasionados ojos de niña soñadora.

EL CABALLERO AUDAZ

CUENTOS DE "LA ESFERA"

La última Dama de las Camelias

QUIÉN es esa mujer?

Había entrado en aquel *restaurant* nocturno con el aire cansino y melancólico de una princesa desterrada entre plebeyos. Ni aun se quitó la suntuosa capa de terciopelo color plomo que la envolvía, desabrochándose no más su gran cuello de armiño, y, tras de sentarse á una de las mesas, pidió al mozo, en secas palabras, un *souper*; luego instaló ante sí su espejito de mano, avivó con un trazo de lápiz el carmín rabioso de su boca y sorbió de una cajita esmaltada un polvo blanco, de seguro cocaína, la fatal *coco* que da el olvido y la locura...

No constituía una belleza, ciertamente; demasiado alta, demasiado delgada, demasiado artificial, con su lividez de muerta, sus ojeras de un azul imposible, sus labios como bordes de una herida y sus cabellos de un fulvo tan químico; pero resultaba interesante por todo lo que de artificio y de tristeza había en ella. La abertura de su capa, que se la iba escurriendo, dejó ver después una garganta y unos hombros muy blancos, algo débiles, cual los de muchos retratos seculares, y de una aristocracia exquisita, contrastando con la seda negra de su traje estrecho.

Estábamos en un reducido salón decorado con el lujo banal de los hoteles y *restaurants* cosmopolitas: damasco rojo en las paredes, candelabros de bronce con eléctricas velas de vidrio y pantallas minúsculas, á cuya luz moríanse encima de las mesas rosas de té podridas en floreros. Brillaba sobre los manteles la cristalería, maculada quizá por algún pétalo caído dentro de una copa. Desde su tinglado una orquesta *tzigane* diluía compases voluptuosos en la atmósfera enrarecida por meladas reminiscencias de tabaco egipcio. A los sonos de aquella música bailaban algunos relamidos jovenzuelos con mujeres que hacían alarde, en gestos y *toilettes*, de una per-

versidad postiza y mal aprendida. Sólo ella, pálida é intoxicada del nuevo loto farmacéutico, contrayendo la sangre alucinante de sus labios pintados, recogida en su funda negra, no se esforzaba ni ostentaba *pose* ninguna, natural con su apariencia artificiosa, sin bailar, sin hablar, sin pensar tal vez, guardando una actitud de esfinge en el ambiente frívolo.

A mi pregunta de quién era aquella mujer, mis amigos se echaron á reír. ¿De verdad no la conocía? ¿Acaso no me había encontrado con ella nunca en algún té del Palace, á la salida de un teatro ó en cualquier paseo? Sé hallaba aquí desde el principio de la guerra europea, y Madrid entero sabíase de memoria la silueta desmadejada de tan enigmática criatura, llamándola unos «la Pantera Negra»; otros, «la Ninfa de Montmartre», y otros, en fin, «Gaby la loca».

—Realmente—me dijo alguien—no debía llamarla sino «la última Dama de las Camelias», aunque el sobrenombre ya está un poco des-
acreditado.

—Bueno; pero ¿quién es?

—Gaby Leblanc, francesa, actriz y heroína ignorada.

—No comprendo...

—Escucha.

Y me contó la historia de la pobre Gaby.

ooo

Le había conocido en su *camerino* del teatro, en París. El, Mauricio Deschamps, redactor de un gran diario, quería dar en su periódico una impresión personal acerca de Gaby.

—Dígame usted cosas para el público.

Ella, ducha en esas bagatelas de que se compone una entrevista periodística, le habló de su fervor por el arte, de su miedo en los estrenos, de sus aficiones... Mientras hablaba le miraba

con curiosidad, y como le iba gustando aquel muchacho rubio y miope, fino y bien vestido, puso en juego toda su coquetería de *cabotine* para atraérsele.

—Llegamos al capítulo de los amores. ¿Ha estado usted enamorada en alguna ocasión?

—¡Nunca!—repuso bruscamente la aludida.

Mauricio levantó la cabeza, mirándola á su vez. Era lindísima y tenía una gracia desmayada muy moderna, muy «color del tiempo».

—¿Nunca?...

—Nunca—repitió ella menos bruscamente, sombreándose los ojos con la *pâte crasse* y sin perderle de vista en el espejo.

—¿Es que la asusta el amor?

—Es que lo aguardo y tarda. Claro está que me refiero al amor grande, el que llena toda la vida con su presencia ó con su recuerdo. No vaya usted á repetir esto en el periódico.

—¿Por qué no?

—Porque no se lo digo al público, sino á usted. Se trata de una confidencia. Me ha cogido usted en una hora expansiva.

La reclamaron á escena y tuvieron que despedirse con apresuramiento.

—Vuelva usted—replicó Gaby.

Y Mauricio volvió á la noche siguiente. En un raro momento de soledad, el visitante deslizó una confidencia suya al oído de la artista:

—Yo también aguardaba al amor, Gaby, y acaba de venir á mí.

—Le felicito, amigo mío; pero conste que no le había preguntado nada.

—Me ha cogido usted en una hora expansiva...

Empezaron el *flirt* riéndose, y acabaron enamorándose de veras. Mediaba Junio, y como por entonces terminase la temporada teatral, la actriz y el periodista salieron de París con rumbo al Mediodía para alegrar á pleno sol su idilio.



Biarritz les brindó una soledad propicia, y ambos amantes pudieron pasear con abandono su pasión en la hermosa playa vasca, bajo el cielo puro, á orillas del Cantábrico verde. Mauricio no era ya el parisiense vacuo y *chic* que sonreía y escribía trivialidades sutiles, sino el hombre que ama en serio; también Gaby era otra, radiante de ese amor que al fin había pasado por su alma. Se juraron vivir siempre juntos, y en la gloria del paisaje meridional, más de una vez, á favor de una sombrilla complaciente, hicieron de Paolo y Francesca:

«Quali colombe dal disio chiamate...»

Mes y medio después estallaba el gran conflicto de naciones, aprestándose la noble Francia á tomar parte en la contienda. La perspectiva de que Mauricio tuviese que ir al frente de batalla aterró á Gaby; pero supo la infeliz ser fuerte y mostró una conformidad estoica ante aquella tremenda desventura.

—Cuando te hayan movilizado, dueño mío —dijo—, ingresaré de enfermera en algún hospital de sangre, si me admiten. No quiero resultar inútil mientras tú te espongas. Además, la guerra terminará en seguida; parece que es cuestión de unos dos meses.

El joven exteriorizaba en su rostro una sorda lucha interior.

—¿Quién sabe lo que pasará?—repuso.

Días más tarde, aseguró que nada tenían que temer por el momento. Le habían destinado á una oficina militar allí mismo, en Biarritz, y no necesitaban separarse uno de otro. Era una buena suerte.

—¿No te alegras?—preguntó, al advertir el gesto desilusionado de su interlocutora.

—¡Oh, sí, me alegro mucho!

Sin embargo, notaba que Mauricio desmerecía en su concepto por no batirse como los demás franceses, y aunque en el fondo se felicitase con el egoísmo de su amor, no podía por menos de despreciar un poco á aquel muchacho que se asustaba de morir.

—Voy á escribirselo á mi madre para que se tranquilice.

Pero la respuesta de la madre de Mauricio no llegó dirigida á éste, sino á Gaby, cuyas relaciones con su hijo acababa de averiguar, sin duda, la buena señora. Era una carta amarga y exenta de reproches. *Madame* Deschamps se había enterado de que Gaby amaba desinteresadamente á Mauricio, y por eso se decidía á escribirla. El joven no era un cobarde; pero estaba enamorado... y por amor se cometen las cobardías mayores. La noticia de que su hijo se «emboscaba» en Biarritz, mientras sus compañeros de reemplazo iban al frente, sublevaba á la anciana, viuda de un militar pundonoroso. «Sólo el amor de usted y el amor á usted —argüía— han podido influir en la determinación de Mauricio. Por lo que más quiera, señorita, ruego á sus sentimientos que convenza usted á ese loco para que se porte como un hombre. La juro que en las actuales circunstancias preferiría cualquier otra desdicha á la de ser madre de un «emboscado», porque no merezco esta deshonra.»

Gaby comprendió el dolor de la digna dama, pues ella misma, que estaba en caso análogo, aun desgarrándose el corazón, habría preferido que Mauricio expusiera su existencia como un buen francés. Y la culpa era suya, sin embargo, á juzgar por la carta de *madame* Deschamps. ¡Oh, jamás se lo perdonaría! Pero ¿qué hacer en semejante trance?...

Tomó de pronto una resolución audaz. No mostraría á Mauricio aquella carta y desaparecería misteriosamente; él creería entonces que Gaby no le amaba y nada obligaría ya á «emboscarse»; sólo la madre lo sabría todo, advirtiéndole la magnitud del silencioso sacrificio llevado á cabo por la actriz, y, á la postre, terminada la guerra, la propia señora induciría á su hijo al matrimonio con la abnegada amante... ¡Qué bonito asunto de comedia para representarla tras de haberla vivido!

Lo mismo que se la ocurrió puso en práctica su proyecto, y abandonando los lugares en que tan feliz fué durante cerca de dos meses, traspuso la frontera española sin tener una palabra de explicación para Mauricio. Desde Madrid escribió á la madre del joven, y por ésta supo que él, desesperado acaso, había pedido que le trasladaran á la línea de fuego, y allá había sido objeto de varias felicitaciones por su comportamiento patriótico. «Bien decía yo que no era un cobarde mi Mauricio», comentaba *madame* Deschamps; y luego agradecía con frases llenas de ternura la actitud redentora de la nueva Margarita Gautier.

Pero un día...

ooo

Un día, recibió Gaby una carta de luto con la noticia atroz. Mauricio había muerto; un casco de obús le había destrozado el corazón, su corazón herido ya por la fuga de la mujer amada, y en un campo de Francia, revuelto en holocausto con los cuerpos de otros héroes, yacía su cadáver glorioso. Al dar cuenta de tan horrenda desventura, la madre manifestaba un sereno fatalismo, consolándose, hasta cierto punto, con saber que su hijo se había portado como un valiente y con que fuese unida una cruz de guerra á su memoria.

La otra, empero, no se resignaba, y á su pena añadía el remordimiento de ser ella quien mató á Mauricio en realidad. ¿Por qué había escuchado los ruegos de aquella madre, sacrificándose al principio sola para sacrificarle á él después?... «Le he matado yo», se repetía. Y lloraba desolada á su *béguin*, pensando que, cuanto mayor bien se quiere hacer en este mundo, es mayor el mal que se hace.

Fué entonces cuando se entregó á la cocaína, abismándose en el olvido provocado por el veneno hipócrita; sin *coco* no podría vivir... Y el transcurso de tres años arrastró por los lugares placenteros del Madrid galante su luto equivoco y su desdicha adormecida con la mortal droga.

Al llegar la hora de la paz, mientras casi toda la colonia extranjera de España festejaba el fausto acontecimiento, Gaby añoraría á su Mauricio, orgullosa por fin, tal vez, de haber contribuido al futuro triunfo con la cesión absoluta de su amor, cual esas almas pías que en la Edad Media arrojaban todas sus joyas á los hornos donde fundíanse las campanas de los templos.

¡Pobre Gaby Leblanc!... Para ella y para muchas como ella no había cruces de guerra, ni mármoles eternizadores, ni homenajes ruidosos; y, sin embargo, también eran heroínas, humildes y sublimes heroínas de un tiempo en que parecía abolido el heroísmo.

Esta es la historia de una pequeña actriz mediocre que acabará en un manicomio, y á quien alguien bautizó con el sobrenombre, un poco cursi, de «la última Dama de las Camelias».

GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

DIBUJOS DE PENAGOS

CUENTOS DE "LA ESFERA"
LA MUSA DE SALICIO

ERA D. Francisco Gregorio de Salas, capellán de las Arrepentidas, gala y regocijo del Parnaso de su tiempo. *Salicio* llamábase literariamente, correspondiendo á la moda bucólica de su tiempo. Su tertulia, de casacón y rapé, más algún hábito venerable, era decoro y encanto de su aposento humilde en las horas postreras de la tarde.

El clérigo, bonachón é inspirado, recibía al lado del brasero á sus amigos, que acudían para admirar su ingenio y deleitarse en su sabrosa plática y su no menos sabroso chocolate caraqueño, con tortas monjiles, y en el fresco búcaro,

agua que serenó barro de Andújar, endulzada con el esponjoso bolado, y, á gusto de otros contertulios, la grata naranjada ó el caliente hipocrás.

Una tarde bajaba la majestad de Carlos IV hacia el Retiro por la calle de Alcalá, y como llegando frente al Carmen descalzo se descubriese al paso del real cortejo un grave sacerdote, el rey creyó reconocerle y preguntó á uno de sus guardias, que cabalgaba cerca de él, si era aquel capellán su hermano Paco. Contestó el guardia afirmativamente, y entonces el rey mandó parar la comitiva y abrazó al clérigo, que no era otro sino el ingenioso *Salicio*, y departió con él durante un rato. Aquel día y el siguiente no se habló de otra cosa en botillerías y covachuelas.

Era *Salicio* un poeta lleno de ingenuidad. Su musa, fácil y pronta, pues la principal cualidad de Salas era la de improvisador, era, en cambio, tan corta, que rara vez conseguía hacerle llegar hasta el quinto verso, y las más de las veces el título de la composición era hasta más largo que la composición misma. Sin embargo, alguna vez la musa se estiraba cuando había algún solemne motivo para la insólita expansión. Una vez, *Salicio* escribió una *Canción pindárica*, en verso libre, con el título siguiente:

«Al valiente jabali de los bosques del Pardo, concedido por S. M. el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) á los padres agonizantes de la calle de Fuencarral, lidiado con diestros perros en la función de novillos que se ejecutó el día 11 de Febrero del año de 1798.»

Esa confusión de la cerdosa fiera y los frailes y los novillos y los diestros perros, es de lo más pintoresco que concebirse puede. Otras veces, aunque contadas, prolongó Salas el número de los versos. Así, cuando hizo unas fábulas, lle-

nas de la más deliciosa puerilidad, y alguna con aviesa intención, como aquella que titula así:

«Habiendo acompañado el autor, siendo estudiante, á dos señoras hermanas todas las noches de un invierno, dejándole solo en las de verano por irse las dos á pasear al Prado, hizo la siguiente fábula: El tordo y las aves frías.»

Salicio tenía una casita de recreo «en los altos que hay saliendo por la puerta de Recoletos, camino de la Fuente Castellana», es decir, en lo que hoy es elegante paseo de este nombre. Unos ladrones de los que se refugiaban en el pinar de Mahudes, poco respetuosos con el propietario, le desvalijaron la finca, llevándose hasta los marcos de la puerta y de las ventanas. Y el poeta hizo entonces, también, más de cuatro versos para escribir unas cuantas consideraciones filosóficas acerca del despojo de que le hiciera víctima

... la ruda gente
 que por aquellos campos gira errante.

Menos mal que pronto arregló de nuevo la casita y escribió nuevos versos «con motivo de haberla vuelto á componer».

La capellanía de las Arrepentidas no debía acarrearle grandes ocupaciones ni preocupaciones, porque tenía tiempo para dedicarse á entretenimientos tales como escribir la «Crítica de las veletas extraordinarias de Madrid, compuestas y adornadas con atributos inoportunos y ajenos de estar en aquellos parajes.» Y veleta que veía, décima que le disparaba.

En una décima hizo también la pintura de la calle de San Antón, y en el mismo metro la sem-

blanza de cada uno de los tipos regionales de España. Otros versos han quedado de Salas repetidos por las generaciones que le siguieron. El canto al membrillo. El comentario al ensanche del callejón del Infierno y á la estatua de San Sebastián en su iglesia, y al San Fernando del Hospicio, y al San Bruno de la calle de Alcalá. Y la réplica á un famoso epigrama de Iriarte.

Salicio, que algunas veces acertaba con una grande lozanía de ingenio, seguía llenando sus papeles con rótulos extravagantes. El era quien escribía unas «Seguidillas filosóficas dirigidas á la tinaja de Diógenes». Hombre de buen gusto, dedicaba un elogio á Goya y otros al arte escultórico de Alvarez y de Vargas. Pero al mismo tiempo consagraba otros versos al elogio de *Pepe-Hillo*. Bien que harto poco era la brevedad de su sen-

cillo epigrama al autor de *La tauromaquia* si se comparaba con la oda altisonante que Moratín padre, el solemne Flumisbo, había aderezado «A Pedro Romero, torero insigne», donde le habla de

la espada que Mavorte envidiaría
 y otras lindezas, complicando á las musas en el entusiasmo que sentía por el jacarandoso estoqueador. Pero la especialidad de *Salicio* era, como ya se ha dicho, la brevedad de la cuarteta. Y, más que los epigramas, son de admirar los títulos que llevan. He aquí algunos de ellos: «A uno que habiendo olido un melón maduro en un melonar, entró por él y el melonero le vió y le dió un golpe.» «A unas señoras que defendían á un caballero llamado Ramos contra el dictamen de sus maridos que defendían á otro llamado Merino.» «A un amigo que iba muy deprimido á misa de doce en un día de fiesta.» «Extrañando un amigo suyo que en la gloria de una misa solemne que estaban oyendo, el maestro de capilla no había puesto ningún paso de fuga en ella.» De manera que asombraba el ver que no había tontería en el mundo que no le hubiera servido como numen.

Era fruto del ambiente en que vivía. Agil, menudo y decidor el clérigo extremeño, algo subido de color y picante á veces como el pimentón de su tierra, allá en la Vera de Plasencia, habría hecho lucir más verdaderamente su ingenio que no hubiese sido aquel de tal ñoñez y de tan estupenda mezquindad espiritual.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJO DE MARÍN



EL MUSEO DE BELLAS ARTES DE CADIZ



"La Virgen de la Faja", cuadro de Murillo



"La reina María Luisa", cuadro de Carnicero

ESTE Museo es uno de los comprendidos por el Real decreto de organización de los Provinciales de Bellas Artes, dado en el mes de Julio de 1913.

Como casi todos los de su clase, se halla instalado en un local procedente de antiguo convento, si bien dos de sus salas están edificadas expresamente, con luz cenital y buenas proporciones, midiendo una 25,50 m. por 7,50, y la otra 23,50 por 6,50; salas que se inauguraron: el año 1852 la primera, y el 1881 la segunda, conteniendo entre ambas cerca de 300 cuadros. Fueron costeadas por la Academia de Bellas Artes, y los cuadros proceden en su mayoría de conventos suprimidos en la provincia.

Recientemente se ha ampliado con otras dos salas más pequeñas, reuniéndose en la mayor todos los retratos, y en la otra las joyas, objetos de barro y de vidrio encontrados en recientes excavaciones, en las afueras de Cádiz. Las obras y demás gastos de instalación han sido por cuenta del director.

Entre las obras que se guardan, es notable la colección Zurbarán, compuesta de 18 cuadros procedentes de la cartuja de Jerez, que bien merecía una instalación independiente; hay también algunos primitivos, de indudable mérito, y están representados los pintores por Rubens, Murillo, Roelas, Claudio Coello, Pereda, Alonso Cano,



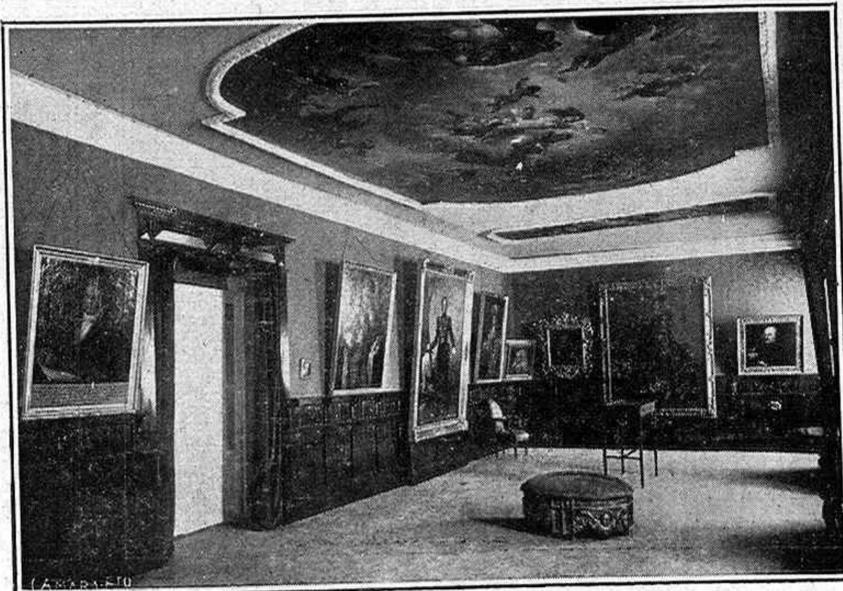
D. PELAYO QUINTERO
Director del Museo de Cádiz, que ha costeado las obras efectuadas en el mismo

Herrera, Orrente, Basano, Lucas Jordán, Nicolás Elías, Rizi, Solís, Meneses, etc.

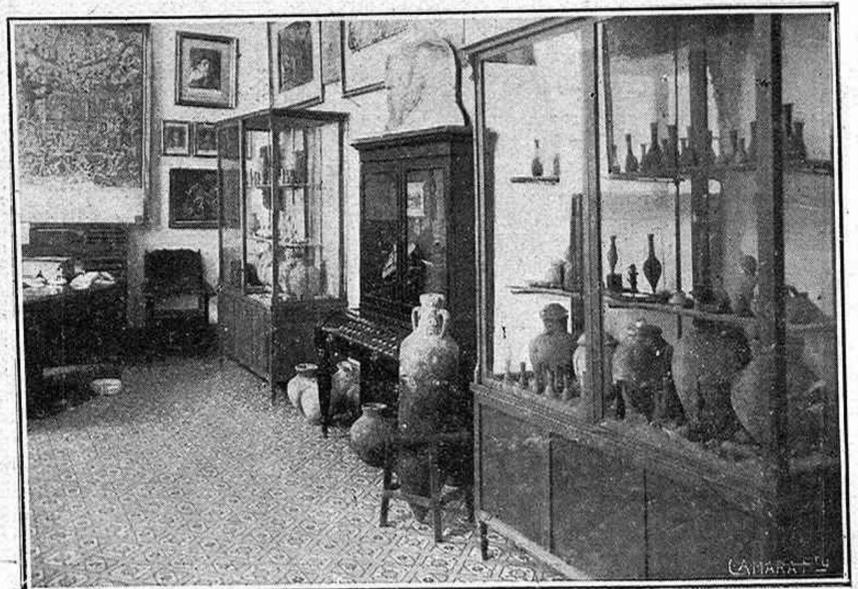
La sala de retratos, además del techo pintado por la pintora Alejandrina Gesler, guarda algunos muy hermosos, como el debido al pintor inglés Lawrence, los de Alonso Cano, Carreño, Claudio Coello y los más modernos de Carnicero, Esquivel y Fernández Cruzado, con dos vitrinas, en que se presentan miniaturas y medallones con retratos de personajes.

Esta sala ha sido instalada con todo lujo y sin aglomeración de obras, y con mobiliario adecuado; es como una muestra de lo que puede hacerse para instalar debidamente el valioso material artístico que constituye el fondo del Museo, si el Estado ó las Corporaciones quisieran ayudar un poco á la obra de cultura que realiza su director.

Es claro que estamos convencidos de formular con esto un vago deseo romántico, ya que la experiencia nos ha venido enseñando que ni Estado, ni Corporaciones, en España, sienten jamás el noble deseo de auxiliar plausibles iniciativas de arte. Pero hagámoslo constar, juntamente con nuestro aplauso sincero, al que hubo de mostrarlas de tan brillante modo en la mejora de este notabilísimo museo andaluz.



Sala de retratos



Sala de arqueología



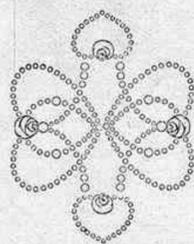
"La Madona", cuadro de Rubens



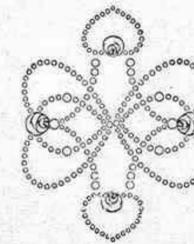
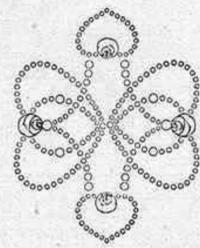
"San Elías", cuadro de Pereda



"San Lorenzo", cuadro de Zurbarán

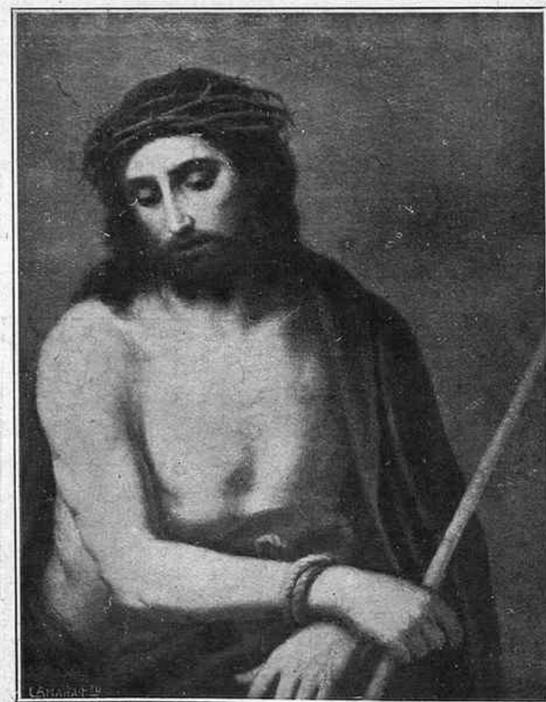
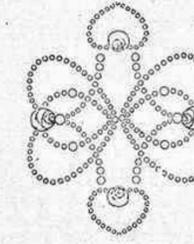


De verdadero tesoro pictórico puede calificarse el conjunto de espléndidas obras reunidas en el Museo de Cádiz, y de las cuales deben mencionarse: *La reina María Luisa*, por Carnicer, que tiene el empaque de un Goya, algo desvirtuado por afrancesada teatralidad; el *Beato Juan Houghton* y *San Lorenzo*, de Zurbarán, de un carácter extraordinario de realismo, de gran fuerza expresiva; *La Virgen de la Faja*, de Murillo, fusión encantadora de humana maternidad y divinidad sobrenatural; el *Caballero desconocido*, de Laurence, inapreciable documento de la pintura inglesa del siglo XVIII; *La Madona*, de Rubens, con un fondo delicioso y poético y la palpante carnación de los niños desnudos; el portentoso retrato de *Fray Juan de Pineda*, que es uno de los cuadros más admirables de Claudio Coello; el *San Elías*, de Pereda, tan interesante de composición, y con aciertos

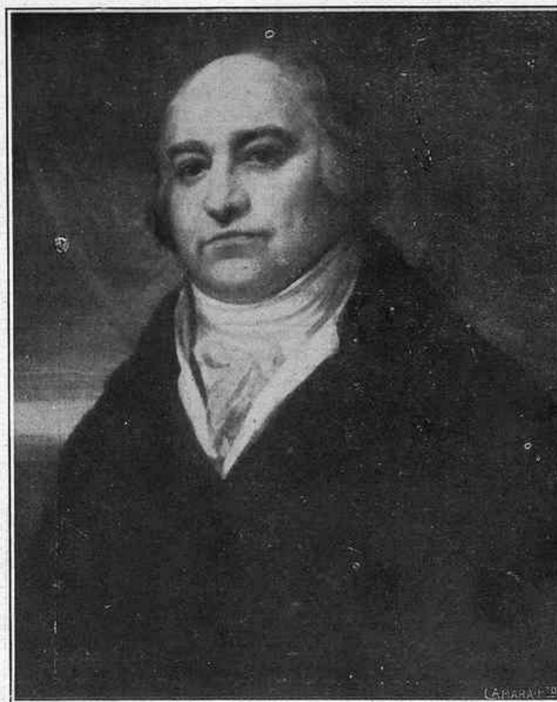


delicadísimos, como el esplendor de la figura simbólica del fondo, y, sobre todo, el *Ecce-Homo*, de Ribera, que es acaso una de las joyas del Museo gaditano. Además de estos lienzos notabilísimos, deben mencionarse también: el autorretrato de Alonso Cano; el de Manuel Benedito; el retrato ecuestre de Carlos II, legado por madame Lacroix, y la copia de un Van Eyck. En el centro del salón donde se exponen estos retratos figuran dos vitrinas, una de ellas de miniaturas, conteniendo la otra medallas reproduciendo a Velázquez, Goya, Lope de Vega, Cardenal Cisneros, Churruga, Fernández Duro, Labra, Castelar, Menéndez Pelayo, el orador americano Mexía y otros.

Por último, la instalación, escrupulosamente cuidada, realza más aún, por el carácter y mérito de muebles y accesorios, el mérito y belleza de las obras expuestas.



"Ecce-Homo", cuadro de Murillo



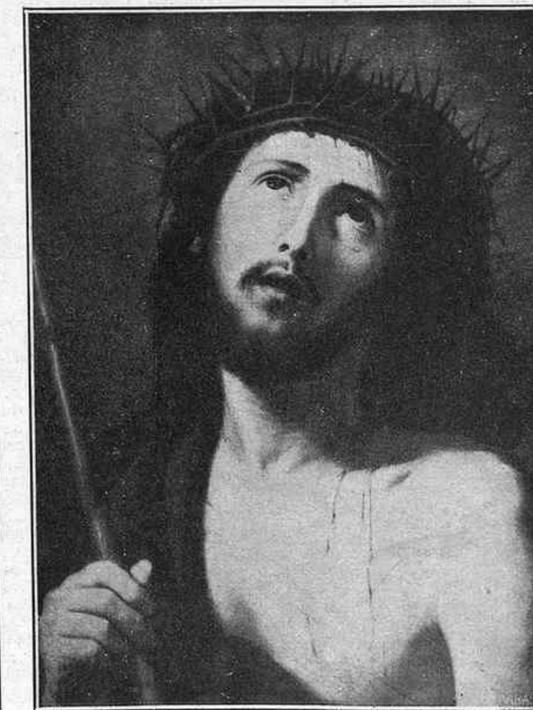
"Caballero desconocido", cuadro de Laurence



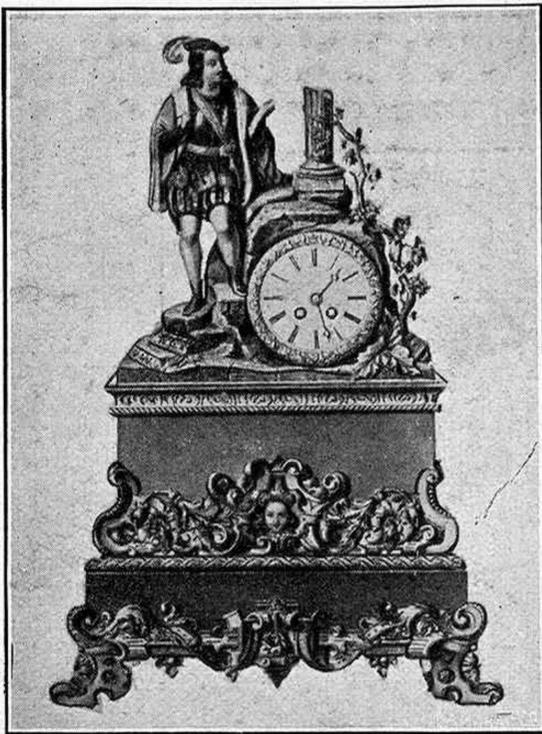
"El beato Juan Houghton", por Zurbarán



"Fray Juan de Pineda", cuadro de Claudio Coello



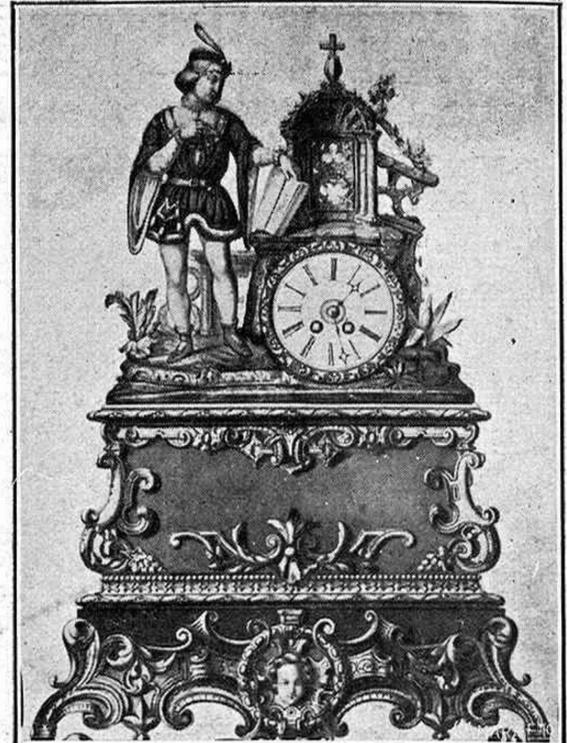
"Ecce-Homo", cuadro de Ribera



ARIOSTO



LICURGO



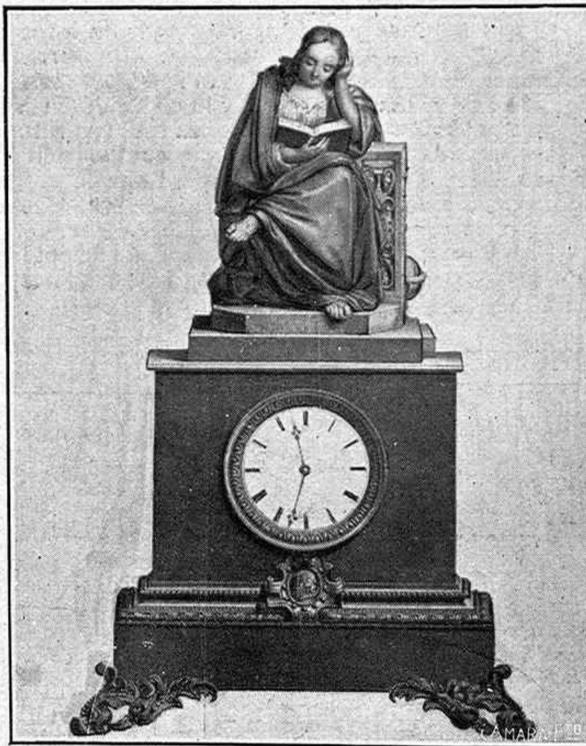
RAFAEL

RELOJES ICONOGRÁFICOS

¡Para esto hicimos una revolución!

SEGURAMENTE, lector, tú has entrado alguna vez en un Ministerio, en un Gobierno civil, en una Diputación provincial. Tú has perdido algunas horas de tu vida esperando en el antedespacho del ministro, del subsecretario, del director general ó del poncio correspondiente, á que te llegase el anhelado momento de ser recibido por Su Excelencia. Y en estos minutos interminables, en que una suave modorra se iba apoderando de ti, te has fijado que en este despacho y en este salón y en todos sus semejantes hay una ó dos ramplonas chimeneas. Sobre su tapa de mármol hay un reloj, cuya esfera parece abrumada por la pesadumbre de unas figuras; todo ello refulge como si fuese de oro. A cada lado un candelabro, de bronce también, parece dar guardia de honor al reloj ó hacer centinela para impedir que algún visitante se lo lleve.

Este reloj suele estar parado y á lo mejor le falta una de las manecillas; los candelabros no tienen bujías. Te ha atraído el áureo brillo ó la apariencia artística del bronceo mamotreto; te has levantado, lenta y quedamente, procurando no hacer ruido, y te has acercado á la chimenea para contemplar aquella maravilla. Acaso, si llevas dentro de tu corazón un pequeño crítico de

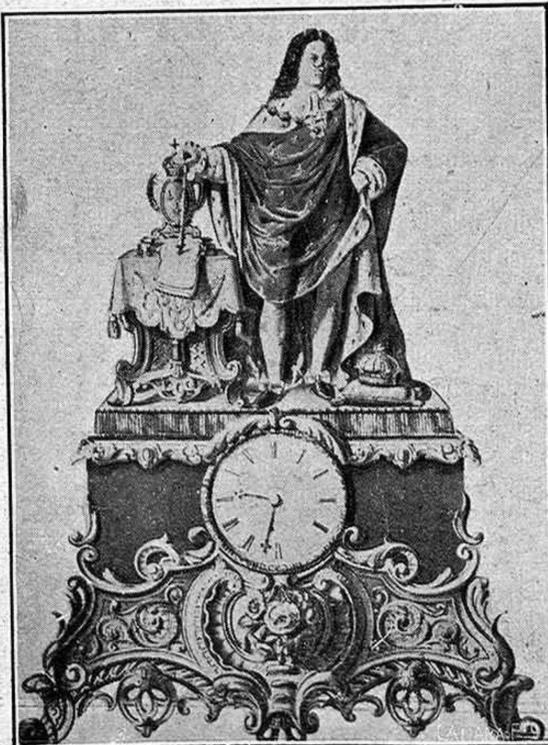


La juventud de Pascal

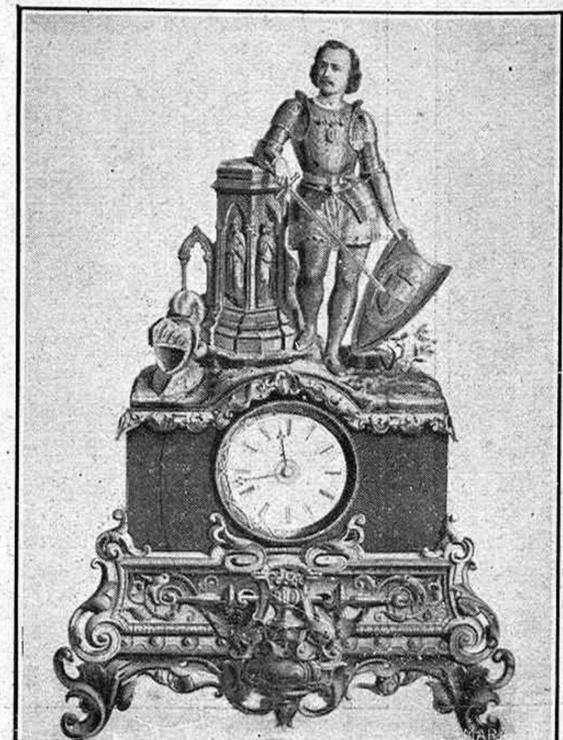
todos de procedencia gala—nos diga lo que ha querido expresar el artista. Los más interesantes son, sin duda, los iconográficos, porque, al cabo, al propósito de decorar unia una realidad educadora. Todos los hombres famosos de la Humanidad, desde los Siete Sabios de Grecia hasta los contemporáneos, habían sido montados por los fundidores sobre los relojes. ¡Y todos con el mismo espíritu manido, con el mismo encogimiento, con la misma afectación! Tan pródiga variedad de modelos debían hacer los fabricantes, que es difícil, por muchos centros oficiales y muchas casonas antiguas que uno visite, encontrar dos relojes con las mismas figuras. Emperadores, reyes, zares y sultanes, descubridores y conquistadores, guerreros y navegantes, músicos y poetas, filósofos y comediantes, químicos y naturalistas, pintores y escultores, las amantes todas de los monarcas franceses que es gente harto calificada, todo el que dejó un poco de memoria de sí en los anales del mundo fué reproducido en bronce, montado sobre el reloj y colocado entre los dos candelabros. De españoles pocos: Cervantes y el Cid, y de semiespañoles otros tantos: Colón y Carlos V. Por lo visto no tenemos historia. Y, ¿á que no sabe usted, lector amigo, qué

arte, te habrás hecho las siguientes consideraciones:

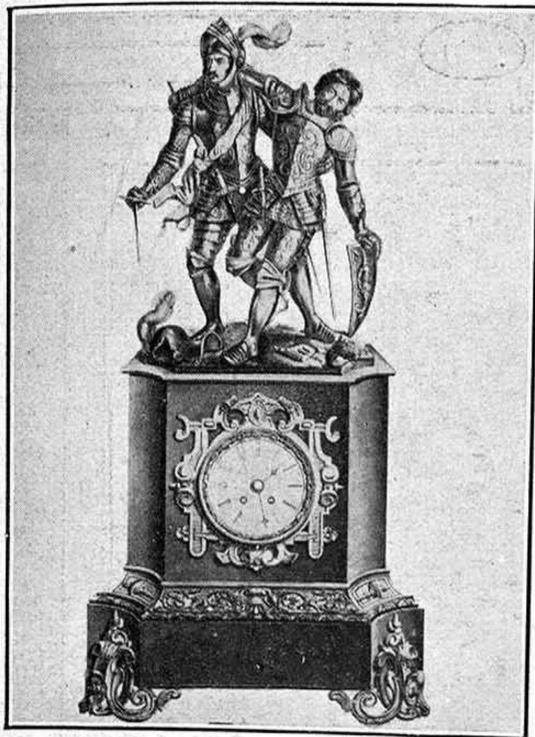
—¿Quién sería el escultor que puso su *fecit* anónimo en este reloj y en todos los de su facha y de su época, puesto que, sin duda, todos ellos proceden de la misma mano y del mismo cincel? No se concibe que fuesen varios los autores, á menos de creer que toda una generación estuviese contagiada del mismo espíritu artificioso y del mismo hacer amanerado. Lo mismo en los relojes pequeños, de una sola figura, que en los que son grandes, casi como pasos de procesiones, hay el mismo afeminamiento. Hasta en los asuntos hay una hermandad que delata el origen único de todos estos cachivaches. Y, acaso, en ningún otro fruto de las artes decorativas haya dejado aquella época su espíritu como en estos relojes. Su historia sería la Historia desde fines del siglo XVIII á mediados del XIX. Se puede clasificarlos en tres grupos: mitológicos, simbólicos é iconográficos. ¡En los mitológicos, qué pobreza de inventiva! ¡Qué ruin concepción de los dioses del Olimpo en aquellos que no son reproducciones de obras antiguas! En los simbólicos, es preciso que un letrerito—un marbete en francés, siempre en francés, porque estos relojes son



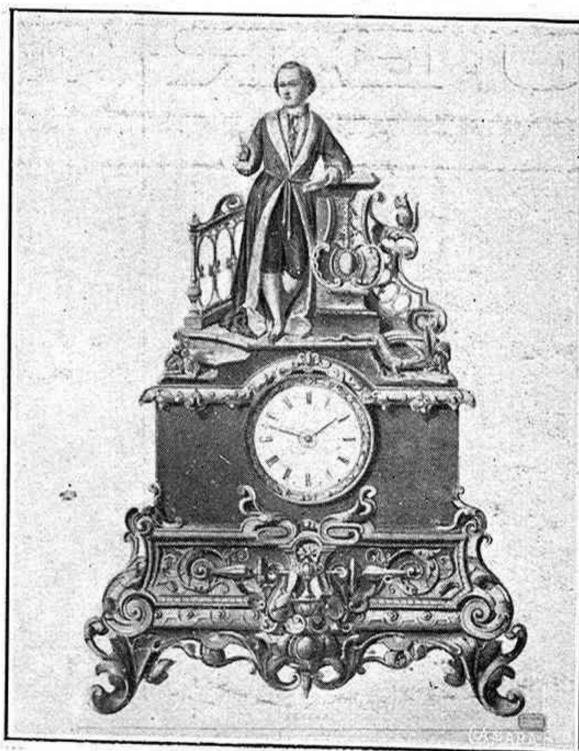
LUIS XIV



EL CABALLERO BAYARDO



EL PRÍNCIPE EDUARDO



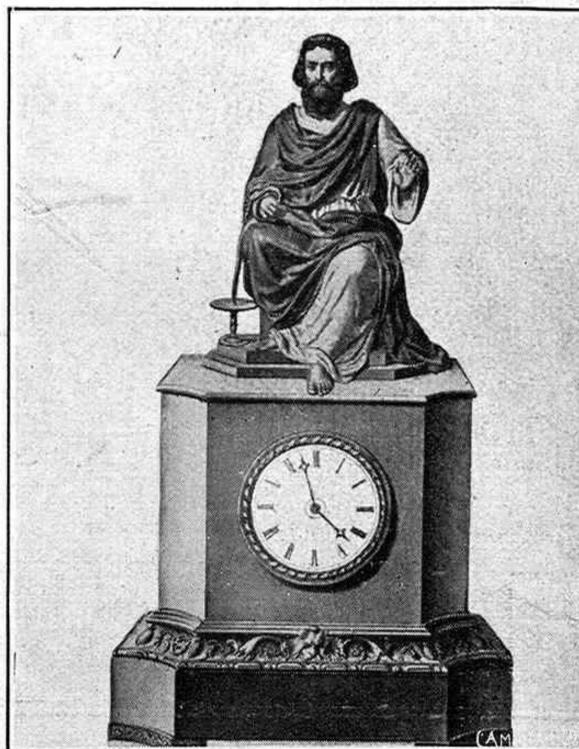
BUFFON



MIGUEL ANGEL

esfuerzo enorme tuvo que hacer España para que, apaciblemente, haya podido usted contemplar por esas oficinas del Estado á Ariosto y á Miguel Angel, á Pascal y á Rafael en sus precoces días infantiles, á Schiller y Esculapio, á Buffon y al Caballero Bayardo, á Luis XIV y á Lafontaine, á Enrique III y Rousseau, y á otros tantos famosos personajes? Pues España, lector amigo, tuvo que hacer una Revolución: la famosa y bien sonada revolución organizada por la Unión Liberal. Se hablaba entonces, como se habló luego en la Revolución gorda de 1868, y como se habló en la hora de la Restauración, y como se habló cuando nos zapatearon los Estados Unidos, y como se habla ahora mismo, de regeneración y reconstrucción y transformación y renovación. Para convertir estas palabras sonoras en realidades visibles, la Unión Liberal, triunfante en las barricadas, hizo un gran presupuesto y un empréstito de bastantes millones. Todo era júbilo en España. Entonces sí que iba de veras... Una gran escuadra y un gran ejército, escuelas y carreteras, orden y moralidad; nos íbamos á asomar á Europa. Marruecos nos incitaba como ahora á renovar nuestras empresas tradicionales contra la morería...

En verdad de todo aquel programa y con todos aquellos millones, apenas se hizo otra cosa que adecantar un poco las covachuelas donde laboraban los folicularios á turno de cesantía de aquella burocracia que constituía las mesnadas de los bandos políticos. Se hicieron obras en los

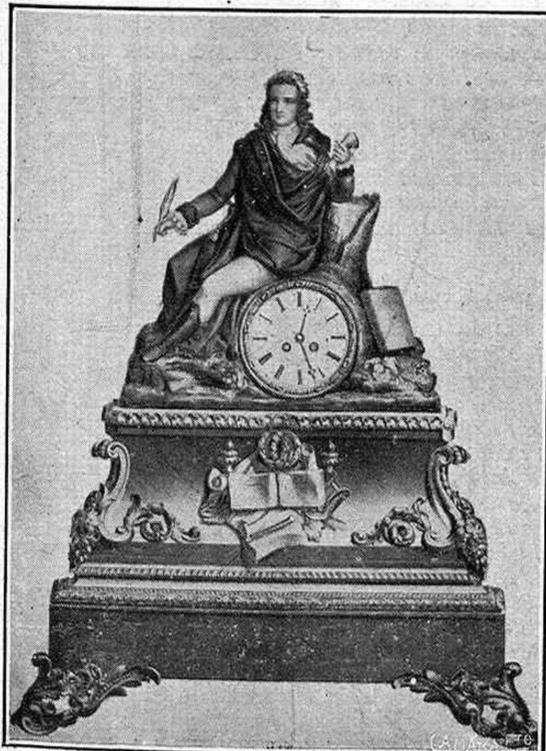


ESCULAPIO

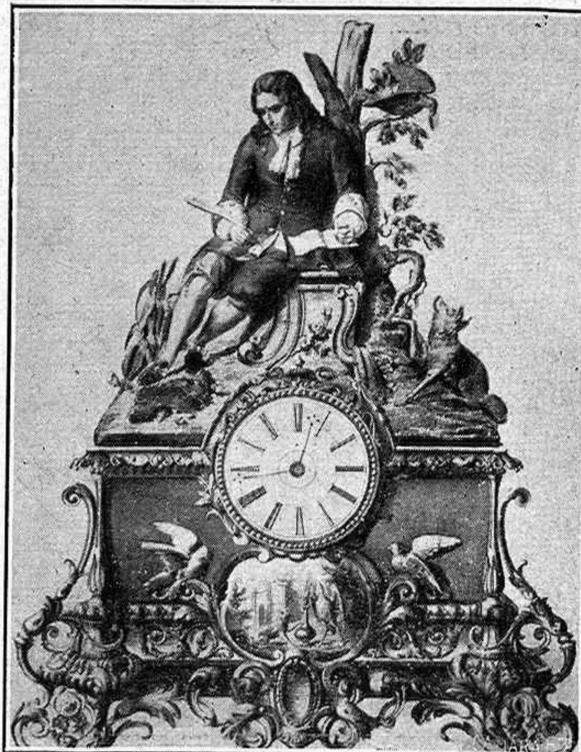
ministerios, se compraron muebles nuevos y se compró esta partida de relojes, acaso á un solo fabricante, que sirve todavía para que no se aburran demasiado los que van, mendigos de favor ó de justicia, á los antedespachos de los ministros, de los subsecretarios, de los directores generales, de los oficiales mayores y aun de los gobernadores de las provincias.

Ha pasado medio siglo. De aquella Revolución de la Unión Liberal apenas queda otra memoria que la carga de sus dilapidaciones en la Deuda nacional, que todos los españoles soportamos y pagamos; los buques que se hicieron entonces y que, mal ó bien, navegaron sin descubrir ni conquistar más tierras que perdiéramos, ya fueron varados y desguazados. En la conciencia nacional sigue repercutiendo el eco de aquellas palabras: «regeneración, renovación, transformación», como si fueran el implacable «anda, anda» que empujaba al judío errante en su peregrinación estéril. Sólo quedan, en verdad, de aquel esfuerzo de España, estos relojes, parados ó rotos, con sus figuras amaneradas y su pareja de candelabros sin bujías. Brillan y refulgen y no sirven para nada, aunque costaron millones que todavía estamos pagando. Más que relojes iconográficos son relojes simbólicos; símbolo de la España oficial, que encubre su mecanismo roto y estéril bajo esplendores dorados, que no son oro, y pretensiones artísticas, que no son arte ni cultura.

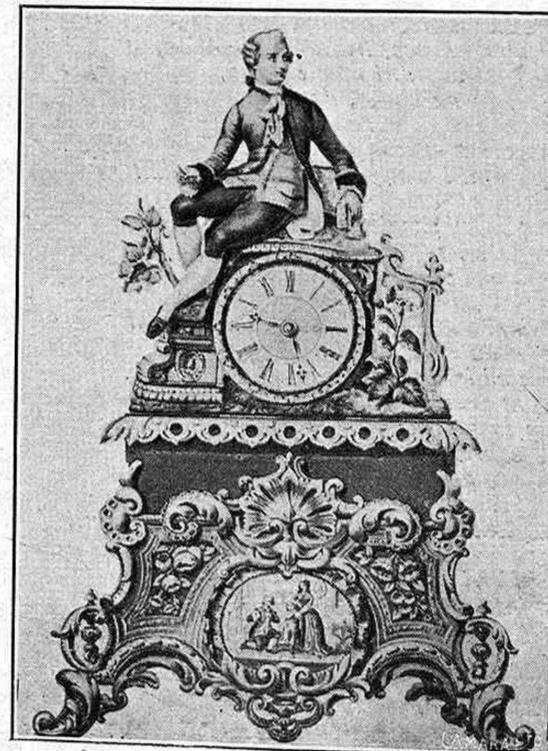
MÍNIMO ESPAÑOL



SCHILLER

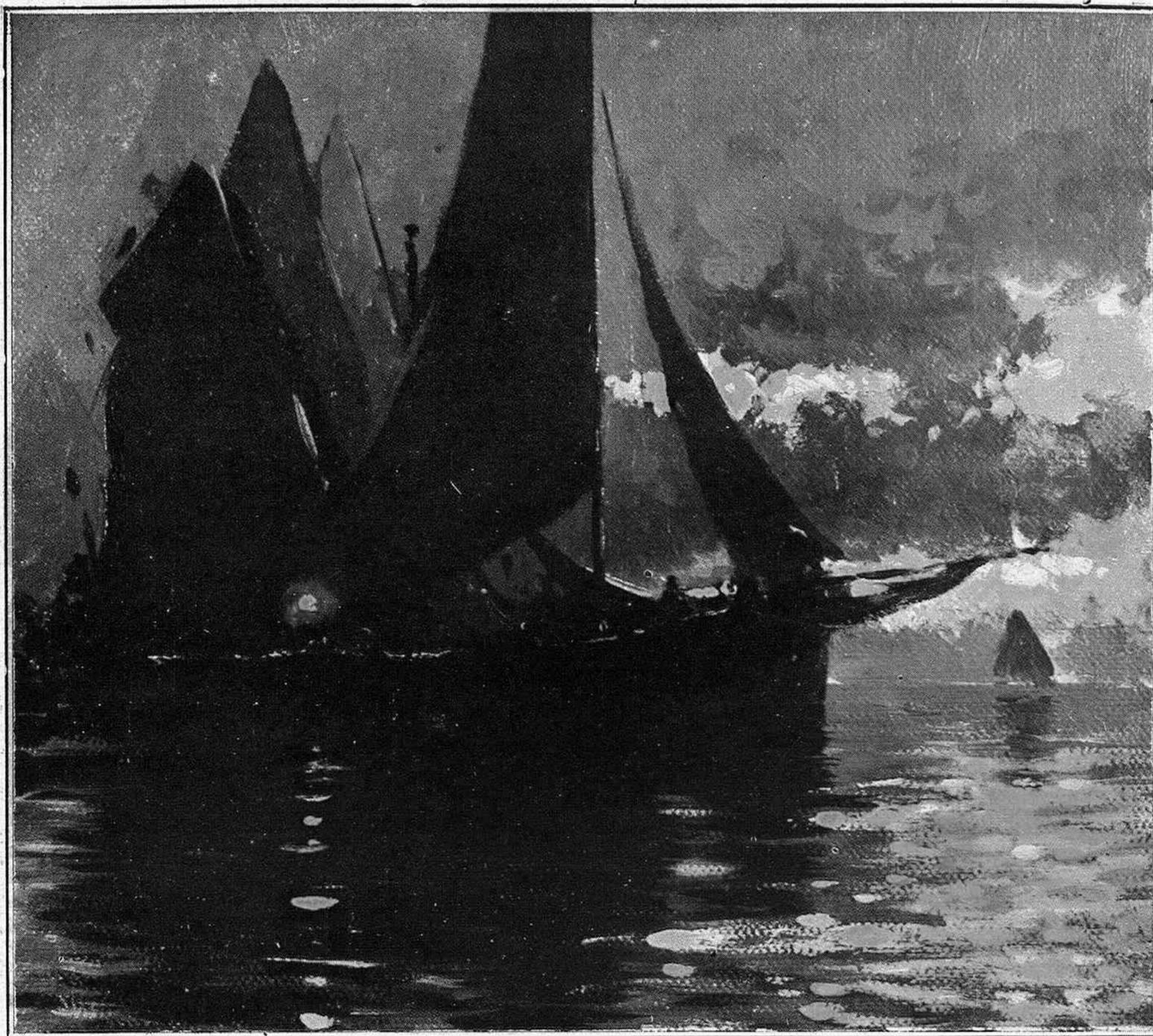


LA FONTAINE



J. J. ROUSSEAU

PUERTO



*¡Maravilla de mástiles y velas,
visión multicolor del puerto
lleno de naves, trápagos y estelas,
bajo el azul, al mar abierto,
que, en un sueño, decoran
no sé qué extrañas carabelas
ilusorias—vestigios de un esplendor ya muerto
que aún las viejas murallas añoran!*

*¡Oh, el puerto maravilloso,
profuso, mágico y glorioso,
con sus esbeltos malecones
antiguos—donde atracaron galeones
primitivos—, y con sus construcciones
pétreas modernas!...
En mi infancia
saturáronme olas eternas
en su marina fragancia.
Y sonreía
frente á la inmensidad
del mar profundo, el alma mía
repleta de entusiasmos, de ensueño y ansiedad.*

*Magias de arboladuras
y jarcias ensambladas,
bajo el azul de las alturas,
en un conjunto de expresiones aladas
y pintorescas; perspectivas fantásticas, soñadas;
heráldicas figuras
de los ponientes incendiados
sobre la mar brillante.
Y, en la línea distante
del horizonte, idealizados*

*países de las nubes, islas de oro,
cerros de rosa... y el tesoro
de amatiste y rubí,
esmeralda y topacios cristalinos
de los Simbad marinos
y los barcos fantasmas que de niño entreví.*

*Traía, como rara cautiva
del verde reino de Neptuno,
una sirena viva
el bergantín aquél, albo—como ninguno
vióse jamás, que venía de lejos
y arribó una mañana—, tal un cisne oportuno.
Era divina, blanca y palpitante,
encantadoramente lejana y expresiva;
y tenía en los ojos los azules reflejos
de su gruta nativa,
sus ojos, de mirada radiante,
que parecían soñar
y estar mirando siempre una visión distante
—tornasolados como el mar!
Y yo me enamoré de la sirena bella
pura como una rosa, blanca como una estrella.
¡Oh, aparición! ¡Encanto real y lisonjero!
¡Y era aquella
la celeste doncella
que encendía en el fondo de mi alma un lucero,
la visión amorosa de mi ensueño primero!*

*Infantil emoción
del puerto, con sus muelles de sillería,
y con su profusión
de grúas y vagones entre la mercancía.*

*Llegaban los navíos—negros y rojos, grises,
blancos y azules—de todos los países;
los navíos de grandes chimeneas humosas
y de altísimos puentes,
llenos de cargas fabulosas;
los formidables trasatlánticos,
los acorazados potentes,
los cruceros, los «yachts» y los románticos
y hermosos bergantines
que aún saben de hipocampos, nereidas y delfines.*

*Yo amaba las leyendas
de los conquistadores y piratas
y las navales contiendas
azules y escarlatas.
Soñaba con viajes larguísimo por mares
que recorrió mi bisabuelo
en navíos de línea de la Armada Real.
Reminiscencias familiares
saturadas del mar encendían mi anhelo
con algo sorprendente y sobrenatural.
Y, como un gran tesoro,
traído de una playa remota, en casa había,
sobre un centro de mármol, en la alta galería,
dos conchas nacaradas con luz de perla y oro
y un caracol enorme, sonrosado y sonoro,
que yo escuchaba y comprendía.*

Rafael LASSO DE LA VEGA

DIBUJO DE NAVARRETE

NARRACIONES BREVES
E POR TELÉFONO

DESPUÉS de cambiar el cotidiano beso de saludo, las dos hermanas tomaron asiento en gemelas butaquitas enanas situadas frente al balcón.

A través de los calados *stores* se veía el cielo de la tarde otoñal como un inmenso vidrio esmerilado, y se filtraba la amable y vaga sombra del atardecer.

De la calle—zumbido de colmena—ascendía un rumor polifónico.

Ana María quitóse la gorra de granate terciopelo, adornada por un gallardo *sprit* trémulo, y recostóse en la butaca. Sobre el fondo oscuro del respaldo se destacaba el casco rubio de su

Hubo un largo silencio. La estancia se iba sumiendo en la penumbra. Una claridad borrosa filtraba de la calle, y en los cristales la fina lluvia de Octubre fijaba infinitos brillantes...

—¿Y qué te parecería, Luisa, si hiciéramos venir a tu marido?

—¡Mujer!

—¡No seas tonta, chiquilla! Vamos a llamarlo y que venga junto a su mujercita, que estará mejor que perdiendo el tiempo con sus amigotes...

Y Ana María, sin esperar a más, se dirigió al teléfono e hizo girar la manecilla del timbre.

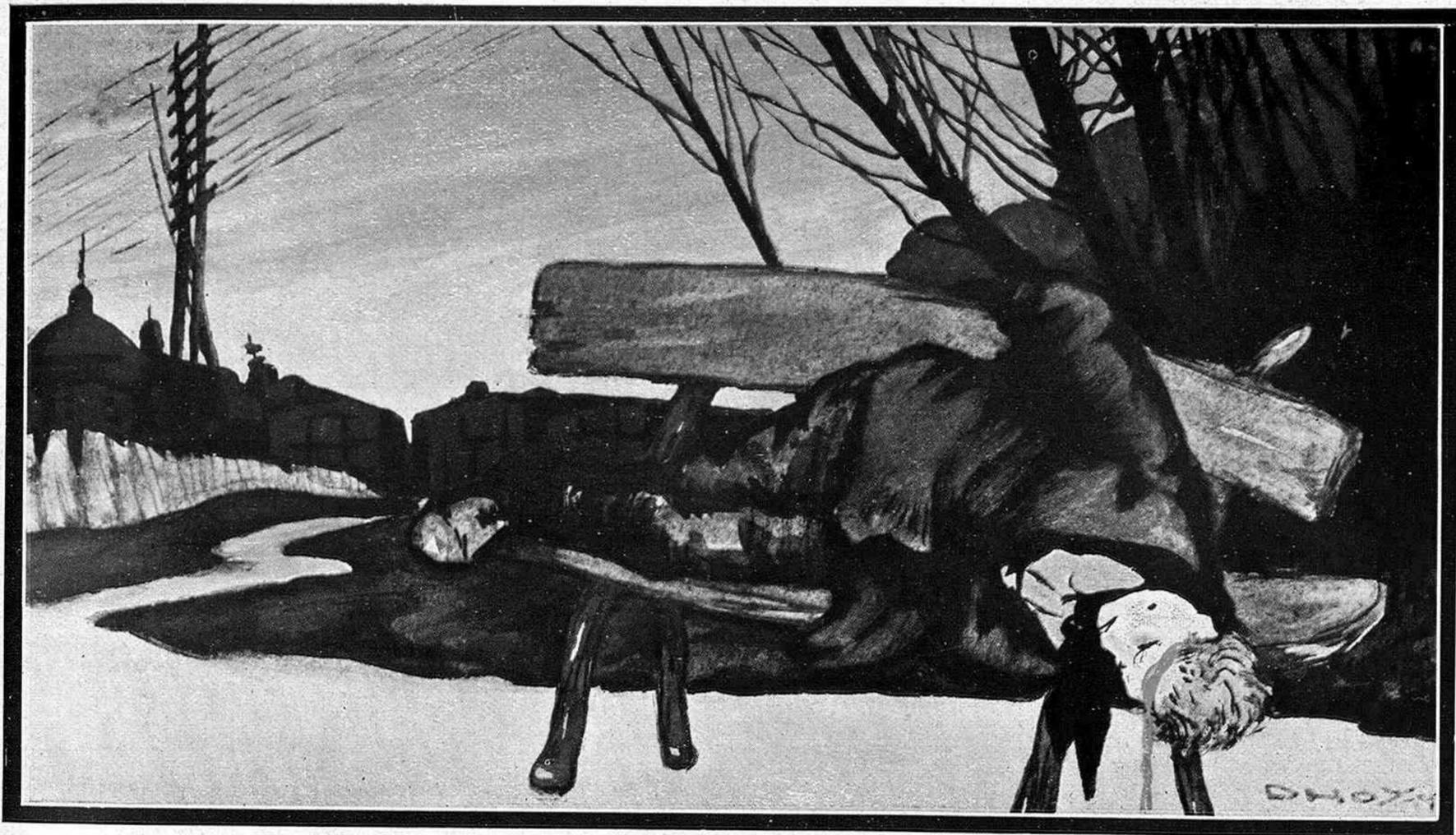
—Pero muchacha, ¡no seas loca!—le interrumpió Luisa.

puta, entrecortadas risas femeninas, un «janda, tonta!», pronunciado por una voz de mujer que no era la de su esposa, y, por último, escuchó, mudo de sorpresa, lo que Luisa, con acento claro, decía:

—Mira, Felipe: ya puedes venir sin cuidado. Pepe está ahí, en el Club, hace un rato, y no volverá hasta la hora de cenar. Tenemos tiempo...

Inconsciente, había colgado el auricular y no pudo oír más.

Y cuando, ciego de pena y de rabia, con un paso lento y tambaleante de beodo, descendía las escaleras, aun vibraba, insistente, el timbre del teléfono.



cabellera, aureolando con una gracia, ingenua por la sencillez del tocado, el óvalo perfecto del rostro pálido y blanco, los ojos inquietos y brillantes y la boca pequeña y roja en forma de corazón, fruncida en un gesto ambiguo y gracioso de pilluelo.

Luisa, frente a ella, la contemplaba complacida, llena de íntima ternura hacia la hermana menor, sonriente, por el desenfadado encanto del rostro de la nena.

De pronto, y dejando de mirar a través de la cristalera, Ana María preguntó a su hermana:

—¿Y tu señor marido?

—En el Casino está—le respondió Luisa.

—¡Dichosos Casinos!—exclamó Ana María. Y luego, súbitamente:

—Oye, ¿qué tendrán los Casinos para que se entretengan tanto en ellos los hombres?

—Mujer, ¡yo qué sé! Como hay amigos...

—¡Uf! Ni que fueran los amigos más interesantes que nosotras... Es lo que yo digo: si lo que ellos buscan es comodidad, no han de encontrarla en el Casino mejor que en su casa. Y si son amistades ó afectos, ¿cuáles mayores que los de su familia?

—Tienes razón—le contestó Luisa pensativa.

—Por eso me extraña tanto—siguió Ana María—que se pasen la vida en el Casino. Mi novio, siempre que le pregunto a dónde va ó de dónde viene, ¡ya se sabe!, la misma respuesta: «Voy al Círculo» ó «Vengo del Círculo». ¡Qué fastidio!

Ya sonaba, respondiendo, el timbre.

—¿Central?—interrogó Ana María—. Con el Nuevo Club. ¡Alza! ¡Al aparato!—dijo luego a su hermana.

Luisa, vencida por las lagoterías de la linda nena, se puso al teléfono.

Ana María rompió a reír escandalosamente.

—¿Qué te pasa, chiquilla?—le preguntó Luisa.

—¡Nada!... Que se me ocurre una broma muy graciosa. Tú ve repitiendo lo que yo te dicte... Verás, verás cómo tu marido viene corriendo antes de cinco minutos.

—Dificillito lo veo. Pero...

Y obligada por las zalamerías de la hermana, interesada también en la broma, Luisa dijo ante el aparato cuanto Ana María le indicó.

ooo

Pepe Santisteban, avisado por un mozo del Club, se dirigió a la *cabina* del teléfono.

Empuñó el auricular, y preguntó:

—¿Quién habla?

Y, sorprendido, oyó claramente la voz de su mujer, que decía:

—Soy yo, Luisa. ¿Eres tú, Felipe?

Pepe Santisteban, intrigado por la extraña pregunta, sospechando que una equivocación del mozo habíale llevado al teléfono, contestó tan sólo con voz ahogada.

—Sí, yo soy.

Oyó luego como un sordo murmullo de di-

Las dos hermanas, en el gabinete, reían como locas.

—¡Ya verás, ya verás—decía la pequeña—cómo viene en seguida tu marido! ¡Y habrá que verle la cara!

Luisa, más reflexiva, pasado el primer instante de regocijo, contestó:

—Sin embargo, yo creo que ha sido demasiado... Se va a enfadar con nosotras.

—Tonta, pero se le quitará el enfado con la alegría de ver que todo ha sido broma...

Ánochecía. Ya a través de los *stores* no penetraba claridad alguna. Un reloj dió siete campanadas.

—¡Ya tenía tiempo de haber llegado Pepe!—murmuró Luisa.

—¡No te impacientes, mujer!—dijo Ana María. Lo habrá tomado con calma y vendrá pensando por el camino la forma en que ha de matarte...

Y dieron las ocho, y las nueve, y las doce, y el marido no llegó.

Y al día siguiente, sobre un banco de un paseo de las afueras, fué encontrado el cadáver de Pepe Santisteban con la frente destrozada por un balazo.

En el suelo, junto al revólver con que se suicidara, se encontró, hecho pedazos, un retrato de su esposa.

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE DHOY

Los trágicos avatares de la señorita Mistinguett



Mistinguett, la intérprete magistral de la "danza de los apaches", vuelve a la farsa trágica de su "chaloupée", saliendo de una tragedia verdadera y tan inmoral como pueda serlo la ficción



Antes de la guerra, cuando Mistinguett nos aparecía disfrazada de esclava de un rufián, sabíamos que aquello era una ficción... Ahora, ante el mismo espectáculo...

Uno de los más agudos ironistas franceses, Gaston de la Fouchardière, comenta del siguiente modo la tristeza de este París de la victoria, que todavía no es el París de la paz:

«El régimen que nos impone monsieur Clémenceau, no es un régimen tiránico, sino todo lo contrario. La tiranía es la opresión de la libertad. Y nosotros tenemos libertad de pensar y de expresar nuestros pensamientos, siempre que éstos pensamientos sean ortodoxos. Tenemos libertad de beber y de fumar, con tal de que nos acostemos, exactamente, á las nueve y media de la noche, como lo hace monsieur Clémenceau, quien desea vernos vivir hasta los ochenta años. Tenemos libertad de bailar en nuestro sótano, con tal de que no vengan á sorprendernos los policías...»

«El régimen tiránico se caracteriza, entre otras cosas, por la suntuosidad de las fiestas ofrecidas al pueblo: carreras; iluminaciones; juegos de agua en Versalles; asado de fieles, cuando el tirano se llama Nerón; asado de infieles, cuando el tirano se llama Torquemada... Nada de esto ocurre bajo el régimen de monsieur Clémenceau, puesto que los hipódromos están cerrados y los violines mudos, y ni siquiera nos es dado gozar de la voluptuosidad de un cigarrillo...»

«Cuando gobierna un tirano hay que alegrarse en las calles y hay que encerrarse en su casa para llorar la muerte de Séneca. Gobernando monsieur Clémenceau es necesario proceder de otra manera: se muestra uno cariacontecido y lúgubre en la calle y, sólo cuando se está en el propio domicilio y se ha cerrado la puerta y las ventanas, puede uno permitirse la expansión de una leve sonrisa...»

Y, en efecto, la Policía de París, obedeciendo á las «órdenes superiores», se preocupa en este momento de perseguir á cuatro clases de individuos que el «Tigre» juzga igualmente peligrosos y que son: 1.º, los derrotistas; 2.º, los bolchevistas; 3.º los wilsonistas, y 4.º, los tanguistas, fox-trotistas y ruli-rulistas ó fervientes



El actor disfrazado nos hará pensar en el corazón de la propia bailarina...

del ruli-ruli, danza del balanceo, de los bandazos ó de la marejada, que actualmente disputa al tango la hegemonía de los salones más ó menos clandestinos.

En París tan sólo baila ya la señorita Mistinguett; pero la señorita Mistinguett baila un baillé patriótico y nacional, la *chaloupée*, y además se trata de una bailarina que merece toda la confianza del «Tigre», yo os diré por qué...

ooo

Mistinguett, la fea que, á pesar de su fealdad y merced á su gracia, pudo brillar como estrella de primera magnitud en todas las *boites á danses* de París, reaparece ahora sobre los mismos escenarios que, si nunca la conocieron bella, la conocieron joven, al menos, en un lejano día entre los días.

Torna la magistral intérprete de la «danza de los apaches» á la vida de un arte más ó menos banal; pero vuelve á la farsa trágica de su *chaloupée* saliendo de una tragedia verdadera, y tan inmoral como pueda serlo la ficción...

Durante la guerra Mistinguett fué espía: espía francesa, al servicio de Francia, pero espía, en fin... *C'est tout dire!*

No fué pequeña la estupefacción de París cuando monsieur Malvy, al justificarse ante la Haute Cour y hacer historia de su gestión ministerial, habló de la organización del servicio de contraespionaje, y reveló, entre otras cosas no menos sorprendentes, el hecho de estar la señorita Mistinguett al servicio del terrible *deuxième bureau* del estado mayor del campo atrincherado.

¡Mistinguett policía, y policía especial...! ¡Mistinguett usando de sus encantos, de su prestigio artístico y de sus relaciones cosmopolitas para entrarse por la intimidad de ciertos sospechosos y pesar luego con razones evidentes ó con suposiciones infundadas sobre el platillo de la balanza de la muerte!

París no podía creerlo... Monsieur Malvy tenía en aquella época lo que en Fran-



Y al terminar su danza cruel, y al sonreír como diciéndonos: —¡era una farsa!—, nos parecía salir de la realidad

cia llaman *une mauvaise presse*; la opinión le era contraria, y sus afirmaciones no merecían gran crédito... París, no contento con poner en duda el caso de Mistinguett, acabó por sentenciar que semejante caso no había existido nunca fuera de la imaginación enferma de monsieur Malvy...

En su buen deseo de apartar toda sombra de la figura de su bailarina favorita, París no contaba con la vanidad y el afán de *réclame*, segunda naturaleza de las mujeres y de los hombres de la farándula.

Mistinguett no pudo callar; y al recibir, durante una de sus misteriosas *villégiatures*, la visita de un redactor del *Petit Parisien*, confesó que, en efecto, monsieur Malvy había dicho verdad, y no había dicho, ni mucho menos, toda la verdad, al hablar de Mistinguett policía *especial*, que valía tanto como hablar de Mistinguett espía...

Puesta ya en el camino de las confidencias, Mistinguett dijo:

—Sí, señor... El servicio de contraespionaje me encomendó la primera *misión* poco después de comenzar la guerra... Fui al Extranjero y cumplí mi deber, puesto que se trataba de servir á mi patria... La misión era por demás peligrosa, y, en previsión de cualquier contingencia, me acompañó durante el viaje mi hermano... Las gentes creían que habíamos formado un *número* familiar: *Mistinguett and brother*... El *número* que paseábamos por tierras extrañas era, en realidad, uno de esos ejercicios trágicos durante los cuales un redoble de tambor advierte al público que el artista puede matarse...

A estas palabras de Mistinguett añadió el redactor del *Petit Parisien* sus propios comentarios. He aquí algunos de ellos:

«Quisiéramos saber qué es lo que hace la señorita Mistinguett en Viller-ville... Nadie puede creer que el alejamiento de la sutil artista responda á una sencilla *villégiature*... Una mujer como Mistinguett no necesita descanso, y cuando se poseen facultades como las suyas no se deja que esas facultades permanezcan inactivas... Todo hace suponer, por lo tanto, que la señorita

Mistinguett desempeña una nueva y delicada misión á orillas del Canal de la Mancha... La «Villa des Marmousets», habitada por la bailarina, es una casa completamente oculta entre los árboles... ¿Por qué tal precaución? Mistinguett nos aparece vestida con un pyjama de seda negra: el traje ideal para no ser vista durante una expedición de noche... En el comedor de la «villa» están reunidos numerosos amigos de la dueña de la casa: oficialmente, esos amigos son invitados que pasan el verano en compañía de Mistinguett... Pero ¿por qué invita Mistinguett á tanta gente en estos tiempos de vida cara y de contratos difíciles?... Tal vez los «invitados» sean, lo mismo los caballeros que las damas, vulgares policías secretos ó distinguidos «detectives» más ó menos sherlok-holmescos... Induce á pensarlo el hecho de que el hermano de la señorita Mistinguett se halla entre ellos, hablándoles misteriosamente de cosas que para todos parecen tener gran interés... Indudablemente se tratan planes complejos y sorprendentes en aquel trozo de costa que da cara al Havre, entre Trouville y Honfleur...»

Ante este testimonio y, sobre todo, ante aquella confesión de parte, París se vió en el duro trance de no dudar... Mistinguett, la *cabotine* favorita, la apachesca bailarina de las frenéticas *chaloupées*, se había convertido, por obra y desgracia de la guerra, en un espía, muy patriota si se quiere, pero al cabo espía... *c'est tout dire!*

Claro es que Mistinguett no arriesgó su propia vida, de paso que daba mala cuenta de las vidas ajenas, por puro y desinteresado amor á su país... No... Mistinguett cobró á buen precio su *número trágico*, y la guerra dejó en la escarcela de la bailarina mucho más dinero que el arte... Pero la guerra acabó, y fuerza le es á Mistinguett volver á conformarse con los modestos contratos de «Folies» ó de «Olympia» ó de «Chez Mayol», en tanto que se abren las áureas rutas de New York ó de Petrogrado...

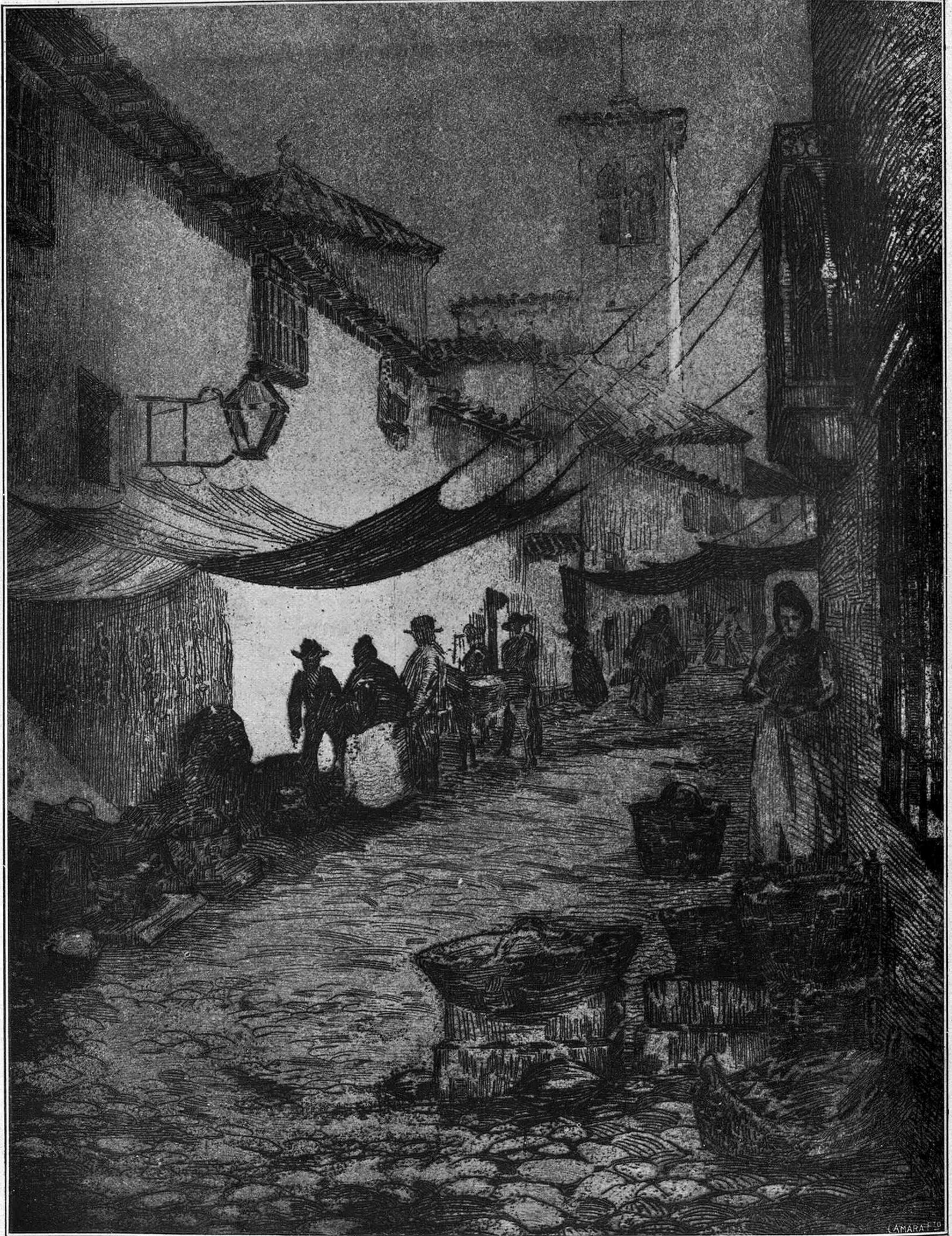
¿Aplaudirá París á su artista predilecta con el mismo entusiasmo de siempre?... No lo sé; pero por amor á París quisiera saber que no... Antes de la guerra, cuando Mistinguett nos aparecía disfrazada de ramera esclava de un rufián, en la danza cruel de la *chaloupée*, sabíamos que aquello era una ficción... Ahora, ante el mismo espectáculo, el actor disfrazado de *mec* nos hará pensar en el corazón de la propia bailarina, y ésta, al terminar su danza cruel, la danza de la prostitución y del crimen, y al sonreír como diciéndonos: «¡era una farsa!», realidad, de esa realidad cuyo secreto macabro nos parecerá salir de la lidad cuyo secreto macabro mas del siniestro polígono guardan los fantasmas de Vincennes...

Antonio G. DE LINARES



De esa realidad cuyo secreto guardan los fantasmas de Vincennes

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UNA CALLE ESPAÑOLA, aguafuerte de Santiago Vera

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



Exterior de la capilla de los Vélez, en la catedral de Murcia

FOT. - HIELSCHER

GENESE
BIBLIOTECA
RIS

LAS CIUDADES MORUNAS



Una calle típica del barrio moro de Tetuán

EN las ciudades se sintetiza el espíritu de la civilización de cada pueblo, á modo de muestrario material é ideológico en su más genuina esencia, de tal manera, que existe un perfecto paralelismo entre los pueblos que las construyen y habitan, y su ideario peculiar y característica psicología que caracterizan las líneas generales de toda civilización.

Entre la abigarrada fisonomía que ofrecen las urbes, producto de la civilización material de Occidente, mal llamada europea, y las aglomeraciones ciudadanas formadas por el espíritu de las civilizaciones orientales, media un verdadero abismo, no sólo material, sino psicológico.

La exaltación de la ciudad civilizada por antonomasia hay que buscarla en el extremo Occidente, en Norté América, en las que los grandes rascacielos, con sus múltiples huecos, son la representación más gráfica de lo que son esas enormes ciudades. De lejos semejan, en efecto, colosales colmenas, nidos de energías y actividades multiformes que tienden á un solo fin, al negocio. Y dentro de esas inmensas colmenas, las laboriosas abejas humanas se agitan en continua ebullición de actividad, dando la verdadera sensación espiritual de un alocado enjambre, afanado por la miel del dinero.

Y en las calles es el ruido, el bullicio, el movimiento, en todas sus formas y manifestaciones, las características de la vía pública.

Pero trasladémonos de repente á una ciudad oriental, á un burgo moruno, y todo se ha trocado en lo contrario. Más que en torrentes de la embriagadora luz cenital de Oriente, las aglomeraciones urbanas morunas se sumergen en la

paz, en el silencio, en la quietud, en ese tranquilo ambiente espiritual de sosiego que sólo presta la reconfortante filosofía oriental, cuyo consolador fatalismo puede resumirse en una sabia norma de vida: Nada vale la pena de afanarse en este mundo.

Y sigue el mundo su camino y prosigue la Humanidad su marcha histórica, y sólo los orientales permanecen voluntariamente rezagados y perezosamente quietos ante los afanes de la lucha, ante los problemas de la vida, porque sólo ellos han sabido alcanzar la meta de la única y verdadera sabiduría. «¿A qué tanto afanarse por amontonar riquezas, á qué preocuparse por nada, si al cabo todo se lo lleva implacable el soplo de la Muerte?»

Y esa letal filosofía es lo que se respira en las ciudades cuyos pobladores siguen los sabios ritos de las filosofías orientales, plácidas y serenas como lago en calma.

De lejos cualquier ciudad moruna semeja, por su blancura, un sudario extendido sobre el verdor del campo, ó una tumba gigante, donde está sepultada la voluntad de un pueblo que no se inquieta grandemente por ningún problema de este deleznable mundo. Por eso es el misticismo la característica de toda filosofía oriental. La fuerza de voluntad



Comerciantes del barrio moro de Tetuán

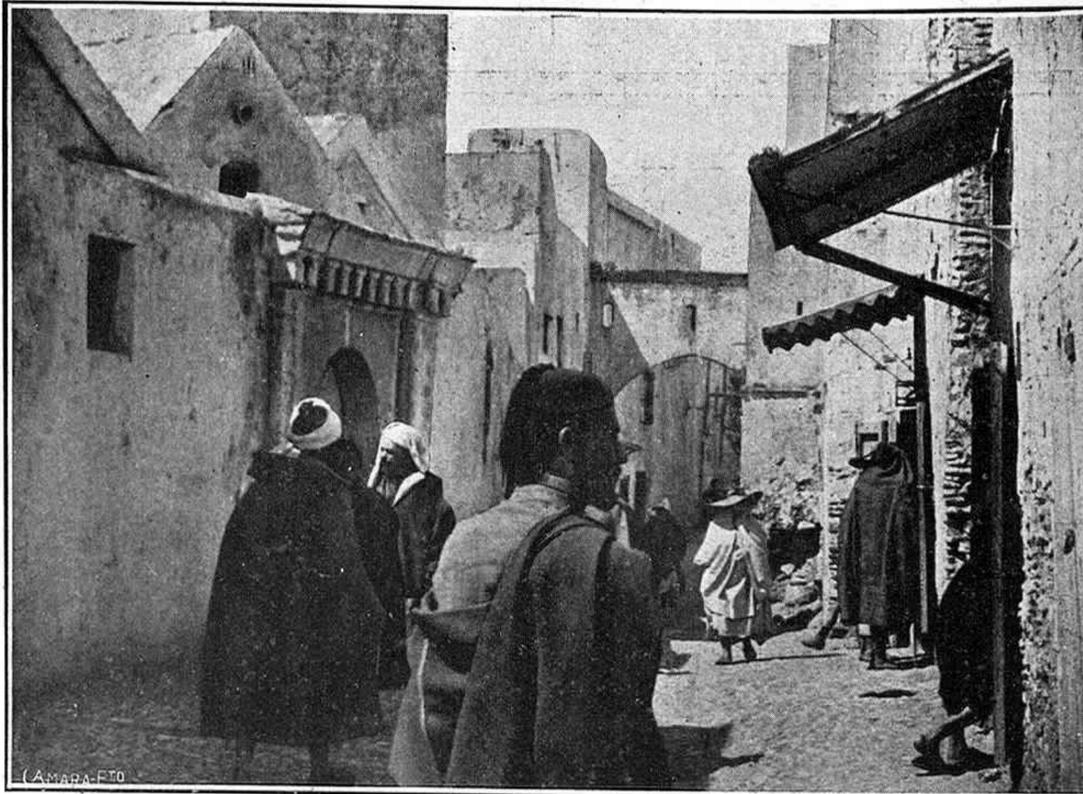
que otros pueblos emplean en obras positivas, la malgastan ellos en no querer tener voluntad, á la que renuncian de buen grado, entregándose libre, consciente y gustosamente en brazos del fatalismo.

Sólo descomponen la blanca monotonía de la silueta de las ciudades morunas las erguidas torres de las mezquitas que, al alzarse sobre el caserío en derechura del cenit, indican á sus moradores el único norte de la vida humana, como los cipreses de los cementerios señalan á las almas el camino del cielo.

Y por las calles todo es silencio y gravedad y recato en los transeúntes que por necesidad tienen que ambular por el arroyo, porque el oriental prefiere vivir una vida de intimidad casera, pues en su hogar encuentra toda la suma de placeres y goces que santifica la religión.

Por eso se desdice tanto la suntuosidad del interior de las moradas orientales, de la externa modestia, porque el oriental está curado de necias vanidades y sólo vive egoístamente su vida, sin preocuparse de halagar los ojos ajenos, ni dar pretextos para soliviantar innecesarias envidias ni rencores ajenos con la exteriorización de sus riquezas.

Sólo los zocos, los mercados, son lugares de algún bullicio, como si la rígida filosofía oriental tuviera que rendirse y hacer una necesaria concesión á los urgentes problemas que suscita el estómago con sus inaplazables exigencias. Y es que, pese á la fuerza imperiosa que toda filosofía ejerce sobre las almas, no puede olvidarse el aforismo de que primero hay que vivir que



Uno de los lugares más populosos de Tetuán

filosofar, porque se vive en un mundo material en el que forzosamente hay que dar al cuerpo lo que éste reclama, que el alma bien puede pasarse sin filosofías.

Pero la sobriedad proverbial de los pueblos orientales prueba que reducen el aforismo á sus estrictos límites, sin exagerar las necesidades del vivir, concediendo el preferente dominio á la parte espiritual, que empapa de fatalismo toda el alma oriental.

Y la naturaleza de los productos que suelen expendirse en los zocos evidencia las exigencias bien modestas del armazón material del hombre de Oriente. Con lógico espíritu de organización

los vendedores se agrupan instintivamente según los productos que venden, con lo que facilitan así notablemente el hallazgo de lo que se busca y la comprobación de la unidad de precio, por lo que, automáticamente, se produce entre ellos el establecimiento de la tasa.

Y, sin embargo, estas ciudades orientales, donde mejor que vive está sepultado un pueblo que no quiere vivir, en el amplio sentido de la palabra, que renuncia voluntariamente á la mayor parte de las prerrogativas humanas, estas típicas aglomeraciones urbanas han sido teatro de las maravillosas narraciones de las *Mil y una noches*, y, por extraña paradoja, ese mismo pueblo alienta el más refinado y exquisito sensualismo que constituye, no sólo el fondo verdadero de su alma, sino la recompensa amplia que espera alcanzar como premio á su renunciamiento de esta vida.

¡Singular contraste el de esperar un paraíso de ultratumba, en vez de aprovechar lo que de paraíso tenga esta vida y este mundo!

Por eso, muy cuerdamente, los orientales, como los occidentales, sin renunciar á la felicidad futura, procuran sacar de este pícaro mundo todo el mayor fruto que pueden, y en esto coinciden ambas filosofías, porque por muy distantes que se hallen en el terreno de las ideas, todas se funden en la filosofía práctica, que es la verdadera guía espiritual de todos los hombres, razas y civilizaciones.

GUILLERMO RITTWAGEN



Un aspecto del barrio moro de Tetuán

CAMARA-FOTO

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



FLORES DEL CAMPO

Seducir eternamente es usar á diario esos productos genuinos de extraordinaria pureza y absoluta higiene, que obran sobre el cutis y dotan á la epidermis de suavidad y tersura incomparables.

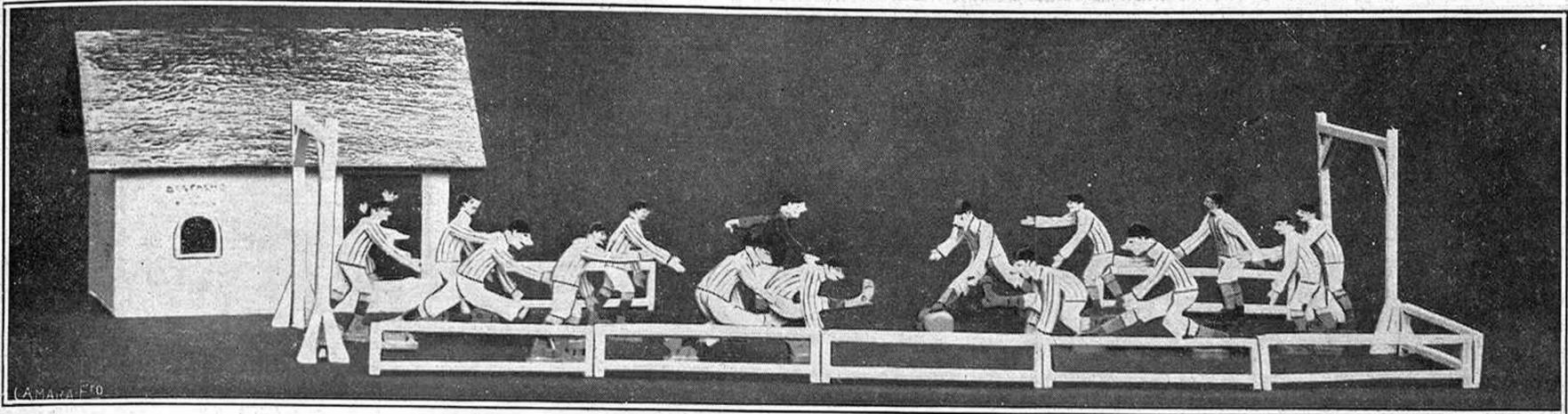
Cautivan con su fragancia exquisita las creaciones de

FLORALIA

JABÓN * COLONIA * POLVOS * EXTRACTO
RON QUINA * BRILLANTINA * LOCIÓN

DIBUJO DE JUAN JOSÉ

ARTE HUMORÍSTICO LOS MUÑECOS DE MONTAGUD



“Una partida de «foot-ball»“

FILIBERTO Montagud tiene una personalidad bien definida en la vida artística española. A una inquietud constante, sedienta siempre de cambios y renovaciones, une la tozudez voluntariosa, el agudo ingenio y la acometividad fecunda.

En la calma dormida y adormecedora donde se mueven lentamente sus compañeros, Filiberto Montagud diversifica sus aptitudes, despliega sus iniciativas, no se resigna á permanecer inactivo ó á realizar labor monótona y sin trascendencia.

Actor, escultor, caricaturista, ha trabajado en teatros importantes, ha obtenido medalla en Exposiciones nacionales, ha fundado periódicos satíricos.

Pero su verdadera filiación artística es la de caricaturista. Inicia, con Sancha, Leal da Cámara y Santana Bonilla, la evolución de la caricatura contemporánea en España. Recordemos aquellos dibujos, un poco monstruosos, al carbón y al lápiz compuesto, que aparecían en *Madrid Cómico* y en *La Vida Literaria* como una reminiscencia goyesca. Eran caricaturas personales, tipos y escenas populares, sátiras sociales de un empuje demoledor.

Montagud logró destacarse rápidamente. Alternaba su colaboración en las revistas con la escultura «seria». Comentaba jocosamente la actualidad y ofrecía el aspecto grotesco de políticos, artistas y escritores conocidos en dibujos personalísimos y concurría á las oposiciones de pensionado de escultura en Roma ó presentaba en la Nacional figuras diestramente modeladas que prometían un porvenir glorioso para él.

Y simultáneamente aparecía en un escenario encarnando galanes de comedia ó de drama modernos. Este carácter de la modernidad era su preocupación. Desdenaba toda otra clase de teatro que no respondiese á las tendencias nuevas y á las tesis profundas.

Sin embargo, Filiberto Montagud abandonó pronto la escena. Poco después desvió su otro arte de la escultura en un sentido puramente deformativo y satírico. Sobre todas las demás cualidades felizmente demostradas, triunfaba por último el humorismo.

Creó, entre otros semanarios, el titulado *Ja, Ja!*, que hacía en unión de Tomás Pellicer. Organizó hace doce años (1907), en el Salón Iturriz, la primera exposición de caricaturas, en la que por primera vez presentó Salvador Bartolozzi esos deliciosos muñecos de trapo que nadie todavía supo superar, y expuso el propio Montagud un delicioso grupo caricaturesco que inicia



FILIBERTO MONTAGUD

un género escultórico desconocido entonces en España y que hoy tiene bastantes adeptos.

Pasa el tiempo, y Montagud, inquieto, disconforme de cuanto significa estabilidad y permanencia, da un nuevo rumbo á su arte. Abandona los periódicos satíricos, prescinde de las esculturas grotescas, pero une al escultor y al caricaturista en una empresa de industrialización artística: el muñeco de madera recortada.

Fué el creador de estas siluetas cómicas *Caran d'Ache*. Sus caricaturas de perros y monarcas obtuvieron en París un éxito enorme hace quince años.

Luego Roubille y Sem hicieron una exposición de tipos aristocráticos ó simplemente populares.

En España Bagaría y Galván hicieron también algo semejante.

Pero Filiberto Montagud se consagró por entero á esta simpática derivación de la caricatura. Primero en figuras aisladas, en grupos que aparecían en los escaparates de las tiendas.

Luego, ya de un modo más definitivo en los *Salones de humoristas*, estos muñecos de Montagud vienen á ratificar la graciosa orientación, y sobre todo la nacionalización de la juguetería española.

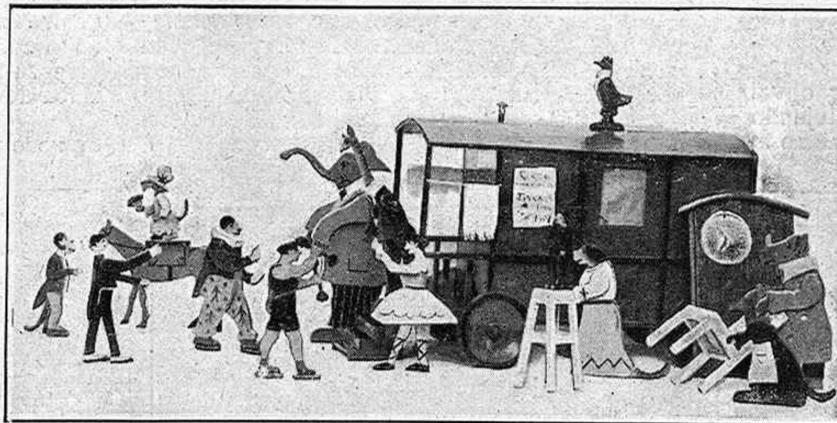
En el *Salón de Humoristas* actual Montagud presenta, además de otras agrupaciones menos importantes, *La procesión de mi pueblo*, *La montería*, *La verbena*, *El circo ambulante*. Todos ellos rebosan de observación sagaz, de intención satírica y de carácter puramente, netamente español.

En esta laudable derivación de las artes de aplicación, ó más propiamente de los bellos oficios hacia los motivos y la técnica populares, España tiene ya quien le dé derecho á competir con la producción extranjera.

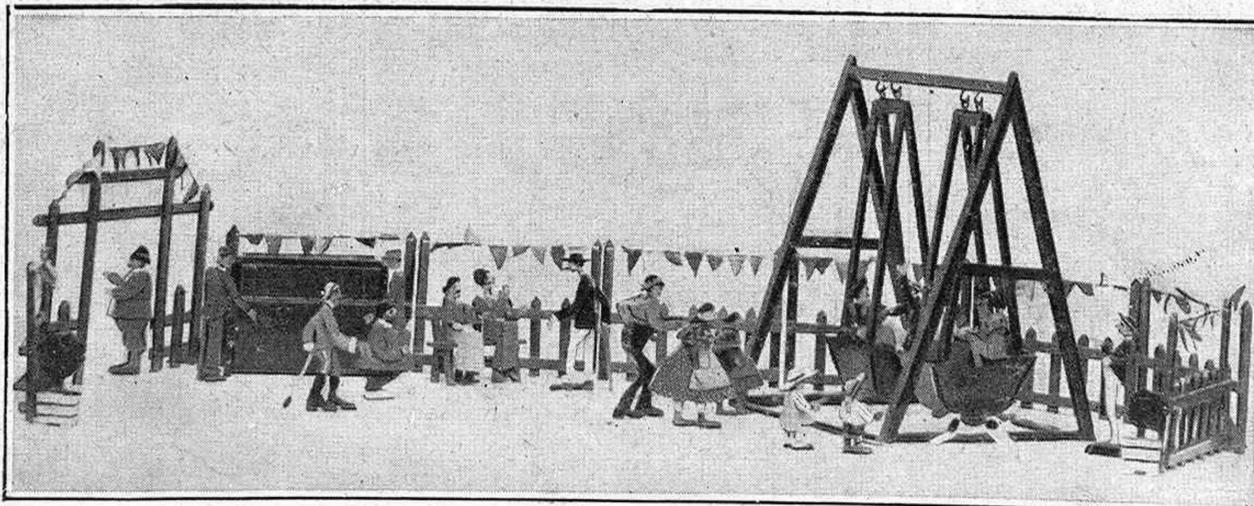
Frente al juguete popular de madera tallada, ruso, alemán, suizo, inglés, francés ó japonés, ya podemos oponer el juguete español. Y tal vez sea llegado el momento de crear algo semejante á la *Sociedad de amigos del juguete*, que implantó en Francia

Leo Claretie, ó de la *Federación del juguete*, como la instituyó, también en Francia, en plena guerra, el año de 1915.

Por de pronto, ya el próximo *Salón de Humoristas* tendrá una sección especial donde aguardarán los artistas que construyen muñecos de trapo y de madera los ataques de la crítica, enemiga hasta ahora de los dibujos humorísticos y de los dibujos editoriales...



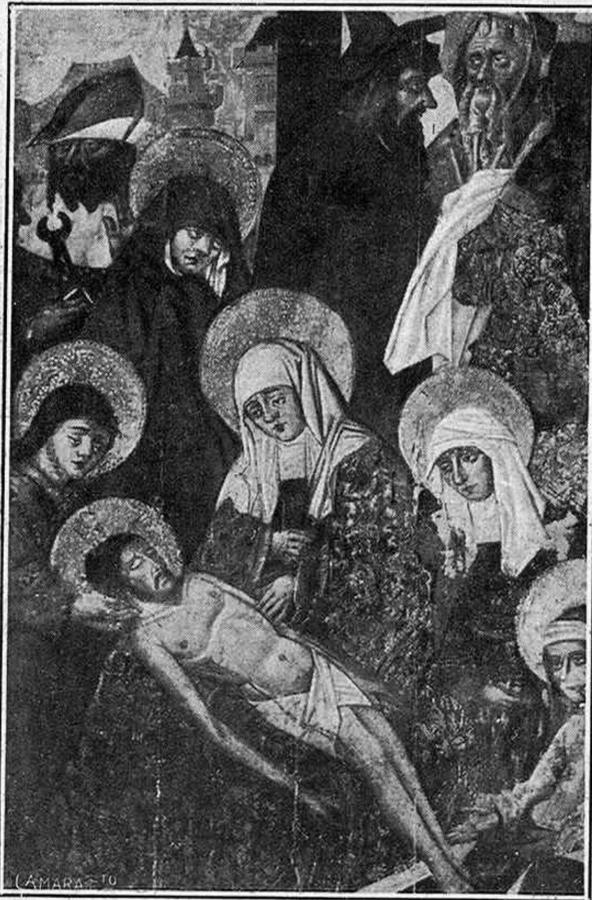
“La «roulotte»“



“La verbena”

SILVIO LAGO

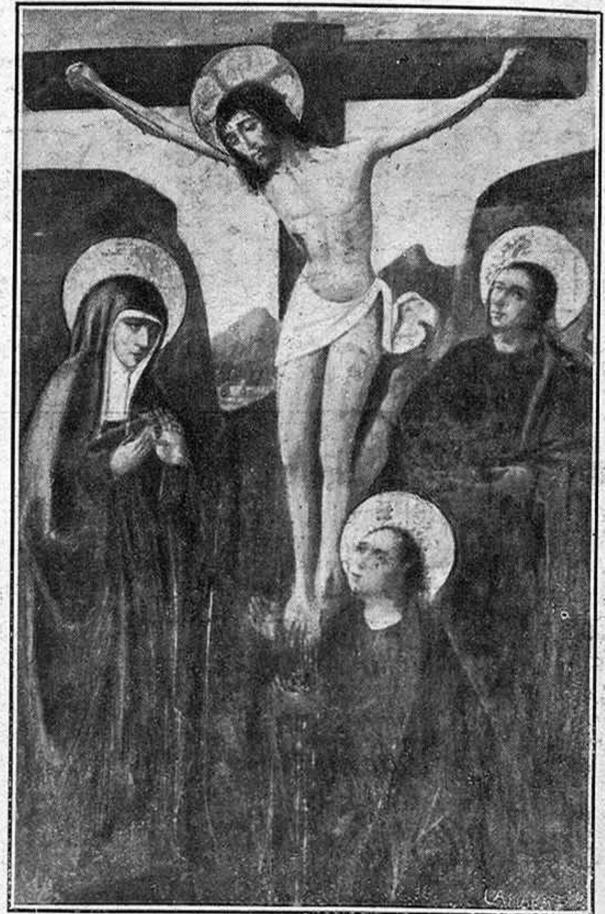
De la catedral de Valencia



"La Virgen del Pie de la Cruz", de autor desconocido



"Virgen de los Claustrales", de plata dorada y policroma (siglo XIV)



"Calvario", por Rodrigo de Osona

NOTABLE bajo todos conceptos es la catedral de Valencia, y especialmente por las numerosas y valiosísimas obras de arte que atesora, hasta el punto de que bien pudiéramos considerarla un verdadero museo. Desde los primitivos pintores cuatrocentistas, hasta los del pasado siglo XIX, dejaron allí pruebas de su magistral inspiración. Prescindiendo de los Goyas, Murillos, Piombos y otros cuadros esparcidos por las muchas capillas del templo; prescindiendo de las admirables miniaturas de los abundantes códices del archivo, con admirables miniaturas; de las siete andas de plata del altar ojival de bronce y otras alhajas de orfebrería; dejando aparte bordados tan antiguos y ricos como el

frontal de la Pasión y la casulla gótica de Calixto III, etc., etc., y limitándonos al aula capitular, hemos de admirar una colección de cuadros notabilísimos, desde la tabla de Jacomart (fundador de la escuela pictórica valenciana), representando a San Vicente Ferrer, junto a otras de Rodrigo de Osona y demás primitivos, hasta los lienzos de Juan de Joanes, Saxoferrato, Ribalta, Vicente López y otros artistas más modernos. En la capilla de dicha aula capitular hay tres repletos relicarios, donde se veneran Espinas de la corona de Jesús, el Santo Cáliz de la Cena (hoy en la capilla primitiva) y otras maravillas, además de viejas arquetas con delicadísimos adornos; un minucioso trabajo de marfil y una gótica

imagen de plata dorada y policroma, á la que —con posterioridad á la época de su fabricación— se le añadieron coronas, alhajas y un relicario con tela del vestido de la Virgen María.

Su fotografía, juntamente con la del Sagrado Cáliz y las de otros cuadros religiosos de la Pasión y Muerte de Jesús, tengo la complacencia de ofrecerlas á los lectores de LA ESFERA, como nota de actualidad, y gracias á la amabilidad de un ilustre canónigo amigo mío. Como botón de muestra, bastan á demostrar lo mucho y bueno que atesora la sala capitular de la metropolitana basílica de Valencia.

CARLOS SARTHOU CARRERES
FOTOGRAFÍAS DEL MISMO



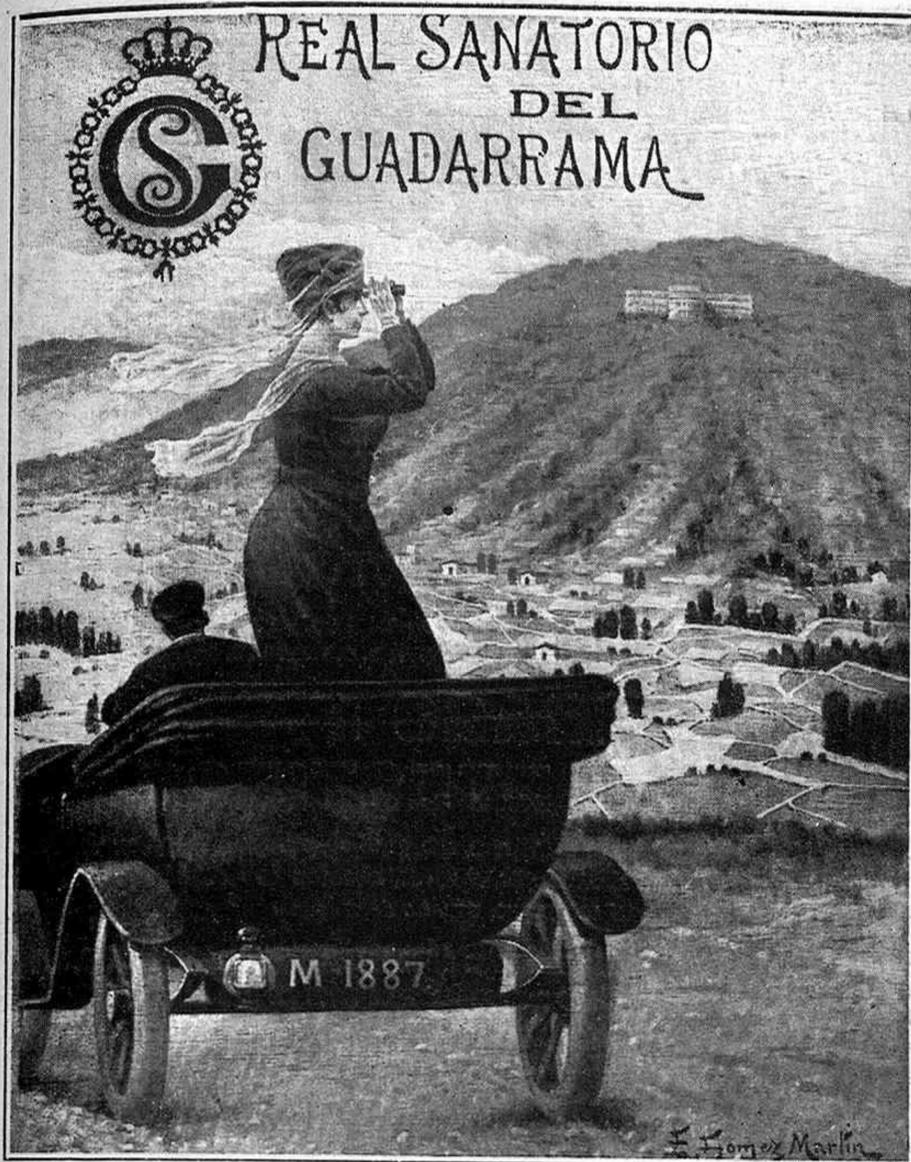
"El Nazareno", por Vicente López



"Virgen del Amor Hermoso", pintada por Saxo Ferrato



"La Dolorosa", por Vicente López



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
 Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera
 y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.
 Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, D. Luciano Barajas y de Vilches, Hortal:22, 132, Madrid

Fruta laxante refrescante
 contra el
ESTREÑIMIENTO
 Almorranas, Bilis,
 Embarazo gastrico é intestinal, Jaqueca

**TAMAR
 INDIEN
 GRILLON**

Paris, 13 Rue Pavée
 y en todas las farmacias

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO
 REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

Sucursal de LA ESFERA
 MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
 PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97
 Se remite gratis, á quien lo solicite,
 ☞ Catálogos y su Boletín mensual ☜



ALFONSO
 FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 Madrid

"LA ESFERA" Y "MUNDO GRAFICO"
 ÚNICOS AGENTES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA;
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 698, Buenos Aires
 NOTA Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes SRES. ORTIGOSA Y C.ª, únicas personas autorizadas.

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

VIGOR

rápidamente

SALUD

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

Por su acertada composición

**QUINA, CARNE
LACTO-FOSFATO de CAL**

es el más poderoso de los tónicos.

Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE. VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐

"NUEVO MUNDO"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono 5-9

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	30 pesetas
»	Seis meses	18 »
EXTRANJERO	Un año	50 »
»	Seis meses	30 »
PORTUGAL	Un año	35 »
»	Seis meses	20 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
»	Seis meses	8 »
EXTRANJERO	Un año	25 »
»	Seis meses	15 »
PORTUGAL	Un año	18 »
»	Seis meses	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	19 pesetas
»	Seis meses	10 »
EXTRANJERO	Un año	30 »
»	Seis meses	16 »
PORTUGAL	Un año	22 »
»	Seis meses	12 »



RELOJ DE PRECISIÓN

"ELECTION"

Viuda de Alberto Maurer

ALMACÉN DE RELOJES AL POR MAYOR:

Carrera de San Jerónimo, 15, MADRID

FOTOGRAFÍA

BIEDMA

Alcalá, 23.—Teléfono 730

Casa de primer orden — Hay ascensor